SI NO HAY SOLUCION A LA CRISIS HABRA EXPLOSIONES SOCIALES GENERALIZADAS DE CARACTER REVOLUCIONARIO

FIDEL CASTRO

SI NO HAY SOLUCION
A LA CRISIS
HABRA EXPLOSIONES
SOCIALES
GENERALIZADAS
DE CARACTER
REVOLUCIONARIO

Edición: *Nora Madan*
Diseño: *Luciano Martínez*
Corrección: *Belkis Delgado, Virgen Hernández y Caridad Ramos*
Realización: *Belinda Delgado, Nilda Pereira y José Rivero*

© Sobre la presente edición:
Editora Política, 1985

Editora Política
Avenida 41 "General Lázaro Cárdenas" No. 2202,
Playa, Ciudad de La Habana, Cuba

Presentación

El pasado mes de marzo, el Comandante en Jefe Fidel Castro concedió al académico Jeffrey M. Elliot y al congresista Mervin M. Dymally, ambos norteamericanos, una extensa entrevista que se prolongó durante varias sesiones de trabajo, y en la que se abordaron con amplitud múltiples temas económicos, políticos e históricos.

El texto íntegro de esas conversaciones fue publicado recientemente por esta Editora.

Teniendo en cuenta la importancia y actualidad de los problemas relacionados con la grave crisis económica internacional que se abordaron en esas conversaciones, los entrevistadores decidieron publicar un libro basado en la parte económica de esta entrevista, más otros planteamientos y tesis adicionales expuestos a ellos por el compañero Fidel.

Este material, publicado ya en Estados Unidos, es el que se recoge en este libro

La Editora

DR. JEFFREY M. ELLIOT. En una entrevista reciente, usted habló extensamente acerca de la importancia crítica de la crisis económica que actualmente ahoga a América Latina. En su opinión, ¿por qué no ha respondido la comunidad industrializada con mayor premura al problema?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Por diversas causas.

Primero: indiferencia, indolencia, despreocupación real por la tragedia económica, social y humana que están viviendo los países del Tercer Mundo.

Segundo: por la inconciencia y la irresponsabilidad, la imprevisión, en relación con los graves problemas políticos que existen y, sobre todo, los que probablemente ocurran a corto y mediano plazo. Es muy posible que cuando los problemas hagan crisis —y van a hacer crisis—, adquieran conciencia y empiecen a preocuparse por esos problemas.

Tercero: por egoísmo. Gozan de una relación económica privilegiada con los países del Tercer Mundo, adquieren ma-

terias primas baratas, productos exóticos baratos, por los cuales pagan cada vez más barato, para vender productos manufacturados cada vez más caros.

Cuarto: se han acostumbrado a un sistema de privilegios, y no tienen ningún interés en renunciar a esos privilegios.

Por ejemplo, en 1984, América Latina transfirió recursos económicos por más de 70 000 millones de dólares a los países industrializados, por los siguientes conceptos: 37 300 millones por intereses de la deuda y utilidades; 20 000 millones por deterioro de la relación de intercambio. ¿Qué significa esto? Que si en 1980 América Latina, con una cantidad hipotética de productos exportados, adquiría el equivalente a 100 en productos de los países desarrollados, con esa misma cantidad de productos, en 1984, adquirió el equivalente a 78,3. Si se considera un comercio o exportaciones de alrededor de 95 000 millones de dólares, la pérdida por este concepto es de algo más de 20 000 millones; es decir, han transferido mercancías, valores económicos, por 20 000 millones de dólares, sin recibir absolutamente nada a cambio.

A lo remitido por estos dos conceptos hay que añadir —y se trata de un cálculo muy conservador— 10 000 millones por fuga de divisas, dinero que se fuga hacia los países industrializados (fundamentalmente Estados Unidos). Y, por último, un cálculo ponderado, también conservador, puesto que es una cantidad difícil de precisar, 5 000 millones de dólares por sobrevaloración del dólar.

Para comprender estas pérdidas, tomemos como ejemplo el oro, que muchas veces se utilizó como moneda, la más histórica de las monedas, para medir el valor de las cosas. Imagínese que usted recibe en préstamo un kilogramo de oro al 6% de interés. Históricamente los intereses no han sido muy altos, y algunos países, especialmente algunas religiones como la religión musulmana, condenan el interés, incluso afirman que el interés es un robo; pero

apartémonos de esas consideraciones éticas y religiosas, y admitamos como normal que alguien que recibe un préstamo lo reintegre con alguna cantidad adicional. Supongamos que a usted le presten un kilogramo de oro para devolver un kilogramo y un 6% de oro adicional, al cabo de un año. Sin embargo, de repente el que prestó el oro decide que usted debe devolverle una mayor cantidad de oro, un 35% —más o menos equivalente a la sobrevaloración del dólar—. Usted recibe un kilogramo de oro y le exigen que devuelva 1,35 kilogramos de oro, más los intereses, el 6%. Si a esto se añade que ese interés del 6% a la hora de pagar se lo elevan al 10, a usted le exigen 1,35 kilogramos de oro y un 10% de oro adicional. Usted, en resumen, recibió una cantidad determinada de oro, con unos intereses determinados, y le exigen que les devuelva una mayor cantidad, con intereses mayores, es decir, le roban de una forma que no está admitida en ninguna religión.

¿A cuánto asciende eso? Bueno, habría que tener los datos precisos de qué parte de esa deuda es en dólares, a qué intereses fue concertada en cada caso, para saber con precisión a cuánto equivale lo que cada año les ha costado a los deudores el préstamo y los intereses de ese dólar sobrevaluado en más de un 30%.

Se puede calcular que no menos de las dos terceras partes de la deuda de América Latina está contraída con fuentes norteamericanas, es decir, vamos a calcular 200 000 millones. Supongamos que a esa cifra se limita la deuda en dólares, lo cual es poco probable, ya que otras fuentes de crédito operan también con esa moneda, y el dólar se sobrevalora un 10%. Usted aumenta así su deuda real y objetivamente en 20 000 millones, más los intereses correspondientes.

Si el dólar se sobrevalora un 30%, su deuda de modo objetivo, real, su deuda en dólares, se incrementó en 60 000 millones. El número de dólares no varía, pero cada dólar le cuesta más caro. Por eso, yo he hecho un estimado muy

Unidos, en el año 1981, importaba todavía 5 000 000 de toneladas de azúcar, en su inmensa mayoría procedentes de países del Tercer Mundo. En el año 1984, solo importó 2,7 millones. Es decir, se reduce, se reduce drásticamente, se continúa reduciendo. Se calcula que en un período próximo ascenderá a no más de 1,7 millones, porque Estados Unidos protege, estimula la producción de azúcar de remolacha y jarabe de maíz. Los contribuyentes tienen que pagar esos subsidios. Los consumidores tienen que pagar más caro por esos azúcares, porque su precio no está regido por la ley de la oferta y la demanda tan proclamada y tan defendida por el sistema capitalista. Además, no se respeta el sistema de mercado tan defendido y tan proclamado igualmente, y se establece un procedimiento artificial de subsidios y precios.

¿Cuáles son las consecuencias para los países que exportaban esa azúcar a Estados Unidos? La reducción de las exportaciones a la mitad, a un tercio. A esto se añaden las tarifas arancelarias. Entonces Santo Domingo, Jamaica, Colombia, Perú, Ecuador y otros muchos países —no estoy hablando de Cuba, hace rato que a nosotros nos arrebataron la cuota, justificándolo con la necesidad de bloquear económicamente a nuestro pueblo para asfixiar la Revolución, y la repartieron entre todos estos países; ahora se la están quitando, sin que se sepa con qué pretextos, pues ni han hecho revoluciones ni se han alejado del capitalismo—, ¿qué hacen con sus trabajadores? ¿Qué hacen con sus plantaciones? ¿Qué hacen con sus industrias? ¿Qué hacen con sus deudas? ¿Qué hacen con los intereses que tienen que abonar por sus enormes deudas? Esto, naturalmente, agrava la crisis.

Estados Unidos hace lo mismo con los textiles: límites y cuotas para las importaciones textiles procedentes de América Latina y el acero de Brasil, de Argentina, de México. Así sucesivamente. Todo contra el principio de la libre competencia, contra el principio de la oferta y la demanda, y contra el principio de mercado que tanto se defiende. Otros pro-

ductos de la naciente industria de los países latinoamericanos tienen todavía menos posibilidades.

Europa hace peor: subsidia el azúcar a precios muy altos y los excedentes los exporta. Antes importaba millones de toneladas de azúcar; ahora exige 5 000 000 de toneladas en el mercado mundial. Todas estas medidas deprimen los precios del azúcar, porque si Estados Unidos deja de importar 5 000 000, si los reducen a la mitad, si Europa deja de importar y se convierte en gran exportadora, el azúcar excedente sale al mercado y los precios se deprimen. Entonces los japoneses comprarán azúcar más barata, Canadá comprará azúcar más barata y otros muchos países industrializados que son ricos, comprarán el azúcar barata. Donde existen necesidades ilimitadas de este y otros productos, no hay, en cambio, capacidad de compra.

Europa subsidia la carne. Antes la importaba; ahora la exporta. Paga a 2 500 dólares la tonelada a los productores internos, y la exporta a 800 dólares. Entonces la carne argentina, la carne colombiana, la carne brasileña, la carne de Costa Rica, de Panamá y de otros países latinoamericanos, tiene un precio deprimido de 1 150 dólares la tonelada, en el mercado mundial. Como ocurre con el azúcar, muchos tienen necesidades de carne en el Tercer Mundo, pero el poder adquisitivo no existe. Sus propias exportaciones están deprimidas. Su principal cliente, el mundo industrializado, las paga a precios cada vez más irrisorios.

Producir alimentos en cantidades suficientes a un elevado desarrollo demográfico requiere técnica, requiere fertilizantes, requiere pesticidas, requiere equipos, requiere energía, y eso lo tienen que recibir del mundo industrializado o de los grandes exportadores de combustibles, a precios cada vez más inaccesibles. Se requiere también inversiones, cultura técnica y conocimientos científicos. Nada de eso está al alcance de sus manos. No pueden producirlos ni pueden adquirirlos. Esa es la tragedia.

El nuevo orden económico mundial plantea el cese de tales prácticas comerciales de los países más desarrollados y ricos, que son realmente abusivas e injustas, no se pueden calificar de otra forma. ¿Cómo se les puede pedir a los países latinoamericanos que se desarrollen, si además de pagarles cada vez más barato por sus exportaciones y cobrarles cada vez más caro por lo que importan, les sustraen las divisas por el mecanismo de la fuga de capital, les restringen las exportaciones, les aplican ruinosas formas de competencia desleal, les sobrevaloran el dólar y les cobran intereses arbitrariamente altos por la gigantesca deuda que les han impuesto?

Todo esto constituye un sistema de relaciones económicas privilegiadas para los países industrializados, que no están muy entusiasmados realmente con la idea de renunciar a tales privilegios. Los países del Tercer Mundo, que fueron colonias durante siglos y suministradores de productos exóticos, materias primas y combustible barato, no tienen la culpa de su atraso económico.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. ¿En qué países latinoamericanos es más grave la crisis y por qué?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. En Bolivia es donde la situación económica se presenta con características más graves. En Bolivia, como le dije ya, entre 1981 y 1984 el producto interno disminuyó un 16,1% y el producto por habitante disminuyó en 24,6%, en solo tres años.

El valor de las exportaciones de Bolivia disminuyó entre 1982 y 1984, de 828 millones a 730 millones de dólares; sus modestas importaciones aumentaron de 429 millones en 1982 a 460 en 1984, cifras verdaderamente exiguas. Es prácticamente imposible que un país con la población, los problemas y las necesidades de Bolivia, se pueda sostener con solo 460 millones de dólares de importaciones.

Los 270 millones de balanza comercial favorable obtenida en el último año, han tenido que emplearse en pagar los intereses de la deuda.

Es decir que en los tres países mencionados, las medidas del Fondo Monetario Internacional o el intento de aplicación de esas medidas, han originado serios conflictos políticos y sociales, a partir de una situación en que los pueblos están reacios totalmente a la imposición de nuevas reducciones del nivel de vida y de sacrificio.

Se ha producido en los países de América del Sur una apertura democrática, que ha sido recibida con enorme interés y grandes simpatías en la América Latina y en el resto del mundo.

La apertura democrática, casi simultáneamente, se ha venido produciendo en tres países tan importantes como Argentina, Uruguay y Brasil. Con respecto a Uruguay, no tanto por la dimensión y los recursos del país como por el simbolismo que entraña el regreso. Después de prolongados años de opresión militar, Uruguay ha vuelto a un régimen constitucional. Ese país fue, durante mucho tiempo, modelo de instituciones democráticas. Es más, se acostumbraba a señalar a Uruguay, al igual que Chile, como las Suizas de América.

La administración Reagan declara, y casi lo presenta como un éxito de su política, que la democracia avanza en América Latina; lo que avanza realmente es la crisis.

Estas aperturas democráticas han tenido lugar, desde luego, en parte por la lucha de los pueblos y su resistencia a las dictaduras militares; pero ha contribuido considerablemente a ello que la crisis económica es tan profunda que los militares, desmoralizados y aturdidos, no se sienten ya capaces de manejar la situación.

Los militares están en retirada de la administración pública. Si la situación económica hubiese sido menos grave, habrían resistido, habrían tratado de mantener por más tiempo el gobierno. Ahora, han entregado la administración del Estado a los civiles y les han dejado, por cierto, una herencia terrible.

Si no se resuelven los problemas económicos derivados de la deuda, esos procesos democráticos entrarán inevitablemente también en crisis.

En Uruguay, según expresan expertos cercanos al nuevo gobierno, la deuda externa asciende a 5 500 millones de dólares; las exportaciones se elevan solo a 1 000 millones; mercados importantes como el del textil en Estados Unidos, acaban de ser afectados por medidas proteccionistas e importantes mercados de carne les han sido arrebatados por exportaciones de carne de la Comunidad Económica Europea, producida a base de subsidios. El nivel de vida se ha reducido un 50% durante los años de gobierno militar. ¿Cómo puede el gobierno de un país, en esas condiciones, donde los civiles acaban de hacerse cargo del poder gracias al apoyo de la ciudadanía y después de años de feroz represión, aplicar las medidas del Fondo Monetario Internacional y exigir al pueblo nuevos sacrificios? Una situación similar enfrenta el proceso democrático en Argentina y en Brasil.

No se puede concebir a los nuevos dirigentes de esos países, que han encabezado el proceso democrático frente a largos años de dictadura militar, lanzando al ejército y a la policía a la calle a disparar contra el pueblo, para aplicar las medidas del Fondo Monetario Internacional y pagar hasta el último centavo de la deuda.

Estos dirigentes han dicho con toda claridad tres cosas: que no están dispuestos a echar sobre las espaldas del pueblo las consecuencias de la deuda, que no están dispuestos a aplicar políticas recesivas y que no están dispuestos a sacrificar el desarrollo del país. Es decir, han planteado estas tres premisas básicas. Lo que no tiene todavía respuesta es la forma en que estas premisas puedan ser aplicadas si no se encuentra solución al problema de la deuda.

El Fondo Monetario lo primero que exige es la reducción de la tasa de inflación, la reducción de los déficit presupuestarios, medidas restrictivas de carácter social, que incremen-

tan el desempleo y agravan los problemas que se han ido acumulando y multiplicando durante largos años.

En 1983, los precios al consumidor en el conjunto de América Latina se elevaron en un 130,8% y en 1984 se elevaron a 175,4%. Con estos niveles de inflación, es prácticamente imposible manejar la economía.

Yo me pregunto, ¿cómo es posible, en esas circunstancias, exigirle a ese conjunto de países de América Latina, cuyas economías no solo se han estancado en los últimos años, sino que han retrocedido, a la vez que la población sigue aumentando a un ritmo elevado, que extraigan de sus economías 40 000 millones de dólares cada año y que en 10 años se dispongan a entregar 400 000 millones, solo por concepto de intereses de la deuda externa? ¿Qué tipo de nuevos sacrificios y de nuevas restricciones habría que aplicar en estos países, para cumplir los objetivos de pagar esa cifra fabulosa de intereses, y a la vez reducir la inflación, y desarrollarse? ¿Con qué perspectivas y esperanzas que estimulen el épico y costoso esfuerzo a realizar? ¿Con qué argumentos para mover al pueblo y obtener el consenso, la unidad, el apoyo y el espíritu de sacrificio que tal empresa requiere? Es una tarea prácticamente imposible.

En algunos casos, los niveles de inflación son realmente asombrosos, como en el de Bolivia, que alcanzó 2 300%; Argentina, 675%; Brasil, 194,7%; Perú, 105,8%. ¿Cómo se les puede pedir que en un año enfrenten esos problemas; reduzcan la inflación, ajusten los presupuestos y paguen, además, cantidades astronómicas de dinero por los intereses de la deuda?

Además, las cifras de transferencia de recursos al mundo industrializado mencionadas se refieren exclusivamente a lo que ha salido del país de modo oficial, por concepto de pago de intereses y utilidades. A esto se añade la fuga de capitales, cifra que, por la forma en que se produce, es prácticamente imposible de calcular. Pero se sabe, por ejemplo, que de Venezuela salieron decenas de miles de millones de dólares

hacia Estados Unidos en los últimos años; que en Argentina ocurrió lo mismo. Los mexicanos conocen que, cuando surgieron las dificultades económicas y se veía que era inevitable una devaluación —y son siempre muchos los indicios que permiten adivinar bastante fácilmente una devaluación como hecho inevitable—, decenas de miles de millones de dólares salieron también de México hacia Estados Unidos.

He citado solo tres países, pero esto ha ocurrido en todos los países latinoamericanos, por un mecanismo muy lógico, muy sencillo y muy comprensible: cuando la moneda de un país latinoamericano, de cualquier país latinoamericano, comienza a devaluarse a un ritmo acelerado, se pierde totalmente la confianza en la moneda del país.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. ¿Y la deuda de los países más deudores, como son Brasil, México y Venezuela será considerablemente mayor de lo que se dice?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. No estoy seguro. Con relación a Brasil los expertos mencionan la cifra de 105 000 millones, con relación a México hablan de aproximadamente 100 000, con relación a Venezuela hablan de 35 000; pero, ninguna de las cifras que se mencionan con frecuencia están por debajo de las cifras que aparecen en los datos oficiales de los organismos económicos internacionales.

Algunos países, como Argentina, están utilizando el 52% de las exportaciones para pagar los intereses de la deuda; Bolivia está empleando el 57% de las exportaciones; México, el 36,5%; Perú, el 35,5%; Brasil, el 36,5%, y Chile, el 45,5%. Se considera que un 20% del total de las exportaciones para el pago de la deuda es ya un por ciento prácticamente insostenible.

¿Qué significan estas cifras? Que es imposible el desarrollo de cualquier país en estas condiciones. Esto se ha expresado en el hecho de que el producto interno bruto del conjunto de los países latinoamericanos ha disminuido entre

1981 y 1984. En Uruguay, por ejemplo, el 13,9%; en Argentina, el 6%; en Chile, el 5,4%; en Venezuela, el 6,1%, a pesar de los enormes recursos económicos de este país.

Como al mismo tiempo la población ha crecido en esos años, el producto interno por habitante se ha reducido más todavía. Así tenemos: en Bolivia, el 24,6%; en Costa Rica, el 14,1%; en Chile, el 11,2%; en México, el 6,3%; en Argentina, el 11,8%; en Venezuela, el 16,2%; en Uruguay, el 16,2%. En el caso de Venezuela no solo ha disminuido entre 1981 y 1984 el producto interno por habitante, sino que ha disminuido en los últimos siete años consecutivamente, alcanzando un 24% en ese período. La incidencia de la crisis económica y de la deuda externa, sobre todo en los últimos años, se aprecia en el hecho de que no solo se ha detenido el desarrollo de la producción por país sino que ha retrocedido. Algunos países están haciendo esfuerzos verdaderamente impresionantes para enfrentar la situación. Así podemos citar tres de los mayores, de los más importantes.

Brasil en 1982 exportaba 20 172 millones de dólares; en 1984 exportó 26 960; las importaciones que en 1982 fueron de 19 395 millones, en 1984 se redujeron a 14 360.

México, que en 1982 exportó 22 081 millones, elevó las exportaciones en 1984 a 23 500. Las importaciones las redujo de 14 434 en 1982 a 10 000 en 1984.

Argentina elevó la exportación de 7 622 millones en 1982 a 8 700 en 1984; en cambio, redujo las importaciones de 4 859 en 1982 a 4 270 en 1984.

Mediante un gran esfuerzo exportador y una enorme reducción de importaciones, hasta límites casi insoportables para la economía, estos países obtuvieron balances comerciales favorables. Brasil obtuvo un saldo comercial de 12 600 millones de dólares, México de 13 500 millones y Argentina de 4 430 millones. Todo ese saldo, producto de un extraordinario esfuerzo, utilizando y agotando prácticamente los *stocks* de materias primas, y afectando posiblemente el mantenimiento y la reposición de las instalaciones productivas,

se ha invertido, exclusivamente, en cada uno de esos tres países en pagar los intereses de la deuda.

En su conjunto, por intereses y utilidades, en el año 1984 los países de América Latina pagaron 37 300 millones, casi 3 000 más que en 1983, y recibieron por préstamos e inversiones 10 600 millones.

La transferencia neta de recursos financieros hacia el exterior de América Latina, en 1984, ascendió a 26 700 millones de dólares. Solamente en dos años, 1983 y 1984, la salida neta de recursos financieros de América Latina hacia el exterior por concepto de intereses y utilidades ascendió a 56 700 millones de dólares. Es decir, el conjunto de países subdesarrollados de América Latina está financiando la economía y el desarrollo de los países industrializados más ricos del mundo con cifras impresionantes de dinero. Ese es el hecho real. Y ese dinero se ha escapado ya para siempre; no tiene regreso posible.

El ritmo de crecimiento de la deuda disminuyó, quedó muy por debajo del récord de 24% alcanzado en 1981. Es lógico: no hay quien se atreva ya a prestar. Pero creció de todas formas, por una razón o por otra, en un 5,5%. Es de suponer que en lo adelante, en los próximos 10 años, el pago de intereses por la deuda y suponiendo que esta apenas se incremente, promediaría 40 000 millones de dólares por año.

Hace 24 años, cuando la Alianza para el Progreso, Kennedy planteó un programa de colaboración económica para enfrentar los problemas sociales y el desarrollo de América Latina, ascendente a 20 000 millones de dólares, para invertir en un período de 10 a 15 años. Aquella idea surgió bajo el trauma obsesionante de la Revolución Cubana y se pretendía con ello evitar condiciones objetivas propicias a nuevas revoluciones. Actualmente, cada año, los países económicamente subdesarrollados de este hemisferio, con el doble de población y el triple de problemas sociales, entonces estarán entregando 40 000 millones de dólares, por año, a los países industrializados, por concepto de intereses de la deuda, y en

10 años tendrán que pagar 400 000 millones de dólares, 20 veces la cifra que planteaba Kennedy invertir en 10 ó 15 años de colaboración económica para resolver los problemas económicos y sociales de América Latina, cuando había la mitad de la población y muchísimos menos problemas sociales acumulados, la economía internacional marchaba aceleradamente, no había grandes crisis y los precios de los productos básicos de exportación tenían muy superior capacidad adquisitiva.

La situación política, económica y social de América Latina es tal, que no resiste ya nuevas restricciones y sacrificios.

Recientemente, hubo repercusiones en República Dominicana, cuando comenzaron a aplicarse las medidas anunciadas del Fondo Monetario Internacional, un país que tenía una situación política relativamente estable, con un régimen constitucional. La subida de los precios, originada en una devaluación del peso dominicano, que estaba a la par con el dólar y fue reducido a la tasa de tres pesos por dólar aplicada a las divisas que se invirtieran en la importación de medicamentos y otros artículos de consumo popular, provocó un levantamiento de la población. La respuesta del gobierno fue lanzar al ejército y a la policía a la calle, para reprimir las manifestaciones, originando, según cifras oficiales, 50 muertos y 300 heridos. Muchas personas aseguran que la cifra fue mayor. Hace algunas semanas, nuevas exigencias del Fondo Monetario determinaron la aplicación de una tasa de cambio de tres pesos por dólar, generalizada para todos los productos de importación, incluido el combustible. El gobierno, adelantándose a la reacción popular, lanzó de nuevo al ejército y la policía para ocupar las ciudades y tratar de sofocar la protesta del pueblo. Esto ha originado una situación de gran desesperación y tensión en República Dominicana.

Otro ejemplo reciente ocurrió en Panamá, después de la toma de posesión del nuevo gobierno. Un impuesto de 7%

a determinados servicios y la posposición de aumento de salarios, previamente acordada, a médicos y maestros, originó una situación similar. Cientos de miles de personas se lanzaron a la calle, sin que allí tuviera lugar represión alguna ni se produjeran víctimas debido a la actitud de la Guardia Nacional, que ha jugado un papel progresista, ha luchado por la recuperación de la soberanía sobre el canal y tiene vínculos estrechos con el pueblo. No está en su espíritu disparar contra el pueblo. En consecuencia, las medidas tuvieron que ser anuladas, a pesar de que no eran medidas para resolver las graves dificultades económicas de Panamá, que son similares a las de otros países de América Latina, sino, simplemente, para tratar de equilibrar en cierta medida el presupuesto, y crear así las condiciones mínimas requeridas por el Fondo Monetario Internacional para comenzar a renegociar la deuda.

En Bolivia, donde la inflación en el año 1984, que se había calculado por la CEPAL en su informe preliminar en 1 682% y que se elevó en realidad, según los últimos datos, a 2 300% en un año, se ha creado una situación económica tal que, en los últimos 13 días, el país ha estado totalmente paralizado. Decenas de miles de mineros armados con cartuchos de dinamita, de obreros, estudiantes y sectores populares en las calles, campesinos movilizados en el campo bloqueando las carreteras, demandando incrementos de salarios, control de precios, suministros de abastecimientos y otras medidas, en verdadero estado de desesperación, haciéndose casi inmanejable la situación. Nadie sabe cómo podrá salir el país de la profunda crisis económica que enfrenta actualmente.

Lo curioso es que estos hechos se han producido prácticamente de forma espontánea, en respuesta a la situación objetiva.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. ¿Cómo responde usted a la imputación a menudo formulada, en el senti-

do de que América Latina tiene la responsabilidad moral de reembolsar sus deudas externas?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Mire, le voy a decir lo que pasó con ese dinero. Tradicionalmente los deudores iban a buscar a los bancos para pedirles dinero prestado; en los últimos tiempos esta práctica se invirtió. Los bancos acumularon enormes sumas; entre otras cosas recogieron los excedentes financieros de los países petroleros cuando se produce el *boom* de los precios petroleros y varios países industrializados acumularon enormes cantidades de dinero. El papel de los bancos es movilizar el dinero, prestar dinero y ganar intereses. Entonces los bancos fueron a buscar a los prestatarios para prestarles dinero, y prestaron enormes cantidades de dinero.

Hace 20 ó 25 años, prácticamente no existía deuda en América Latina. Ahora asciende a 360 000 millones de dólares. ¿En qué se invirtió este dinero? Una parte se invirtió en armas; en Argentina, por ejemplo, se invirtieron decenas de miles de millones en gastos militares, y así por el estilo en Chile y otros países. Otra parte de este dinero se malversó, se robó, y fue a parar por esa vía a los bancos extranjeros, con frecuencia, a Suiza, a Estados Unidos. Otra parte volvió a Estados Unidos y a Europa, simplemente se fugó cada vez que se hablaba de una devaluación, la gente de ciertos recursos, por desconfianza, cambiaba el dinero por dólares y lo depositaba en bancos de Estados Unidos. Otra parte de este dinero se despilfarró, otra se empleó por algunos países en pagar el enorme costo del combustible, y, por último, una parte se invirtió en algunos programas económicos. Admitamos eso.

Tú dices que las naciones tienen la responsabilidad moral de reembolsar sus deudas. Cuando se habla de naciones se habla del pueblo: se habla de los trabajadores, se habla de los campesinos, se habla de los estudiantes, se habla de la clase media, es decir, médicos, ingenieros, profesores,

maestros y otros profesionales, y los demás sectores sociales. ¿Qué recibió el pueblo de los 360 000 millones invertidos en armas, depositados en los bancos de Estados Unidos, malgastados, malversados? ¿Qué recibió el pueblo con la sobrevaloración del dólar, la sobretasa de interés? No recibió absolutamente nada. ¿Y quién tiene que pagar esta deuda? Es el pueblo. Todo el mundo tiene que reducir sus salarios, reducir sus ingresos, hacer enormes sacrificios. ¿Dónde está la moralidad de imponerle al pueblo el pago de esa deuda a sangre y fuego, como ocurrió en República Dominicana, donde las medidas del Fondo Monetario Internacional dieron lugar a la muerte de decenas de personas, y cientos de ciudadanos heridos de bala? Tienen que protestar, porque precisamente le están exigiendo al pueblo el pago de la deuda, que no recibieron ellos y que no les benefició prácticamente en nada.

Por eso, nosotros planteamos que el pago de esa deuda es un imposible económico, es un imposible político. Prácticamente habría que matar a la gente para imponerle los sacrificios que exige el pago de esta deuda. Será la ruina de cualquier proceso democrático que intente establecer por la fuerza esas restricciones y esos sacrificios, y, por último, es un imposible moral por las razones que le expliqué anteriormente.

Entonces yo creo que es mucho más moral simplemente cancelar esta deuda, lo cual va a beneficiar a miles de millones de personas en vez de gastarlo en armas; en armas químicas, armas nucleares, armas biológicas, portaaviones, acorazados, cohetes estratégicos, guerra de las galaxias. No hablamos solo de la deuda de América Latina; hablamos de la deuda de África y de Asia, donde afecta la vida de más del 70% de la humanidad. Lo que es verdaderamente inmoral, lo que es algo de mala fe, prácticamente una traición a la humanidad, es obligar a los pueblos a pasar hambre, a vivir en la pobreza, a vivir en las peores condiciones materiales, educacionales, culturales, sanitarias, para gastar un

millón de millones de dólares en armas cada año, en actividades militares. Es lo que se está gastando actualmente en preparar las condiciones de una catástrofe, la muerte de cientos de millones de personas, tal vez la desaparición de la propia humanidad.

A los que hagan esos planteamientos hay que decirles que eso sí es inmoral, y no la cancelación de la deuda, que no se les puede cobrar a los pueblos, que no recibieron nada, ningún beneficio con ese dinero.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. ¿Fue mal canalizado el dinero? ¿Fue empleado en interés del pueblo?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. El endeudamiento externo en esos países, como consecuencia del incremento de las importaciones, es uno de los factores. También mucho de ese dinero se invirtió en armas y en gastos militares. Otra parte sirvió para enriquecer a mucha gente, es decir, mucho de ese dinero se robó, y mucho de ese dinero se fugó al exterior por diversas vías. A los prestamistas no les importaba en absoluto qué se hacía con ese dinero. Ese período coincidió con una enorme acumulación de fondos procedentes, en gran parte, de los excedentes originados en varios países petroleros, los grandes exportadores de petróleo, que fueron depositados en los bancos de Estados Unidos y de Europa. Había tal abundancia de dinero, que los prestamistas, los bancos, corrían detrás de los deudores a ofrecerles préstamos. Se invirtieron los términos: por lo general son los deudores los que van a los bancos a solicitar que les presten, pero en América Latina, en muchos países, llegaban los banqueros a buscar a los deudores para prestarles dinero, con tasas de interés que eran más bajas de lo que son ahora; es decir, se prestó dinero a un interés más bajo y se cobra ahora a un interés mucho más alto. Podemos decir más: se prestó un dólar que tenía un valor y ahora se cobra un dólar sobrevaluado en aproximadamente un 35%,

según algunos expertos. Eso es como si yo le presto a usted un kilogramo de oro y después le pido que me devuelva 1,4 kilogramos de oro, aparte de los intereses también más elevados por ese 1,4 kilogramos de oro.

En resumen, una parte de ese dinero pudo haberse invertido en una forma más o menos útil, y otra parte se malgastó en diversas cosas, aparte de las armas; es decir, sirvió para apoyar políticas absurdas, antinacionales, ruinosas para las industrias locales, o se robó, o se fugó, o se malgastó en armas, o se malgastó en otras cosas, y quizás alguna cantidad, en teoría, debe haberse invertido en algo útil.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿No es cierto que parte de ese dinero al menos benefició directamente a los pueblos de los países deudores, que se utilizó con fines constructivos?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Digamos que se adquirió algún equipo industrial y se instaló en algún lugar; o quizás en alguna obra de infraestructura, alguna carretera, una hidroeléctrica, algunas inversiones de esa índole. Pero, en realidad, esa enorme deuda no se tradujo en desarrollo para América Latina.

Cuando hablábamos anteriormente de esa inflación asociada a la fuga de capitales, trataba de explicarte que con una inflación de 175,4 en 1984 para el conjunto de los países, que es una inflación bastante generalizada que afecta en mayor o menor grado a toda la América Latina, se pierde la confianza en la moneda nacional; y la tendencia natural de todo el que tiene dinero y lo quiera asegurar, es cambiarlo por dólares y depositarlo en los bancos de Estados Unidos. Aunque en distintos países se han tomado distintas medidas para proteger los ingresos en divisas y evitar su evasión, siempre hay formas de obtener dólares. En casi todos los países, al lado del cambio oficial, existe también el cambio paralelo. Conversando con algunos dominicanos, ellos me explicaban que el que tenga dinero en moneda nacional pue-

de obtener dólares sin grandes dificultades, bien a través de los bancos o bien en la calle; aunque siempre en la calle se paga un poco más.

En definitiva, cuando se pierde la confianza en la moneda nacional —y es lo que ha ocurrido en los países latinoamericanos—, mucha gente que quiere asegurar su dinero —en general suelen pertenecer a sectores con mayores ingresos, si disponen en moneda nacional del equivalente a 50 000 dólares, 100 000 dólares, medio millón de dólares, un millón de dólares— lo cambian, lo depositan en Estados Unidos con un alto interés y tienen asegurado el dinero y los intereses.

Aunque los países, en esta situación de inflación, tienden a pagar más intereses internos, precisamente para retener el dinero y que no se fugue, con niveles tan elevados de inflación como el que existe en varias naciones latinoamericanas, hace falta prácticamente una computadora para calcular todas las semanas, y si se tratara de un país como Bolivia todos los días en cuánto se ha devaluado la moneda nacional, qué significan los intereses que están pagando los bancos locales, para saber lo que está ocurriendo con su dinero. Por otro lado, tienen la alternativa de cambiarlo por una moneda externa de un país que paga altos intereses, que, lejos de devaluarse, se sobrevalúa, lo cambian y lo depositan en lugar seguro. No es fácil la vida de un país latinoamericano de economía subdesarrollada, en los tiempos actuales muchas trampas los acechan en todas direcciones.

Señalo esto, porque, como te dije, a todas las cifras indicadas sobre pago de intereses y utilidades, a esas cifras, hay que añadir el dinero que se fuga de cada uno de los países, y de todos los países, en mayor o menor medida, se fuga capital, fundamentalmente en Estados Unidos.

La fuga de capitales no se ha producido solo en América Latina: de Europa y de Japón. En el año 1983, se movieron hacia Estados Unidos 40 000 millones de dólares, consecuencia también de los altos intereses que paga Estados Unidos. De la República Federal de Alemania, poderosa potencia in-

dustrial, el año pasado tengo entendido que salieron de 4 000 a 5 000 millones de dólares, porque en Estados Unidos se paga un interés de 4,5 puntos más que en la RFA. Con esta política monetaria, de todas partes llega dinero a Estados Unidos. En el propio año de 1983, el volumen de capital extranjero invertido en valores públicos de Estados Unidos ascendía a 170 000 millones de dólares. Es decir que para sostener un déficit presupuestario de casi 200 000 millones de dólares y un déficit comercial de otros 123 000 millones, se necesita sustraer el dinero del resto del mundo.

Y, en realidad, si países tan industrializados como RFA y Japón —ya no digo España, Italia, Francia, Inglaterra, países de indiscutible desarrollo industrial, mayor o menor, pero que no alcanzan los niveles de la RFA y Japón—, si de esos países se ha fugado el capital, ¿qué podía esperarse que ocurriera en países de economías débiles, en lucha por el desarrollo, con gran número de problemas económicos y sociales como los de América Latina? ¿Qué podía ocurrir? ¿Cómo podían defenderse con más éxito los países de América Latina de una política que está afectando al resto de las potencias industrializadas más desarrolladas?

Pero hay otros factores que han contribuido a esta crisis y a esta deuda. Uno de ellos, verdaderamente decisivo, es el intercambio desigual, un fenómeno que se ha ido presentando históricamente y que se puede seguir con precisión en las últimas cuatro décadas; fenómeno que, a mi juicio, tiene que ser más estudiado y analizado por los economistas para conocer mejor su esencia y sus mecanismos; una especie de ley que prevalece en el comercio entre los países en desarrollo y los países industrializados. Ya lo mencionaba antes: el crecimiento constante de los precios de los equipos, maquinarias y demás productos elaborados que importamos de los países industrializados, y la pérdida creciente del poder adquisitivo de las exportaciones básicas de los países en desarrollo.

El poder adquisitivo o poder de compra del conjunto de esos productos, incluido el petróleo, en 1984, con relación a 1980, se ha reducido en 21,9%, casi el 22%. Quiere decir que usted toma el conjunto de estos productos, unos más afectados por el deterioro de precios y otros menos, y si con una cantidad determinada de estos productos usted podía adquirir en 1980 el equivalente a 100, con esa misma cantidad de productos en 1984 usted adquiría el equivalente a 78.

Este elemento es muy importante, porque si las exportaciones de América Latina en 1984 alcanzaron 94 790 millones, con la disminución de casi el 22% de su poder de compra hemos perdido, por esa sola vía, alrededor de 20 000 millones de dólares, ¡por esa sola vía!, por la vía del deterioro de los términos de intercambio.

Esto se añade a lo que hemos perdido por las elevadas tasas de interés, un interés superior al que existía cuando se contrajo esa deuda, o gran parte de esa deuda, y que se mantienen arbitraria y artificialmente elevadas. Usted tiene que por esta otra vía se había perdido ya más de 10 000 millones que tenemos que pagar en forma de intereses sobreañadidos cada año.

A esto hay que adicionar como pérdida el incremento real de la deuda y de los intereses correspondientes por la sobrevaloración del dólar. Si usted recibió 100 000 millones de un dólar que valía como 100 —no vamos a hablar de 35, vamos a hablar de una sobrevaloración del 30%—, su deuda objetivamente se aumentó en 30 000 millones, y en los intereses correspondientes a esos 30 000 millones.

Solo por estas cuatro vías: por lo que nos cobran de más por sus productos y nos pagan de menos por los nuestros, en relación con el año 1980; por los intereses artificialmente elevados, como consecuencia de la política monetaria de Estados Unidos, por las divisas que se fugan y por el hecho de que está pagando un dólar más caro, que se ha inflado, que se ha sobrevaluado, la economía de los países latinoamericanos en el año 1984 ha sido despojada ilegítima

mente de más de 45 000 millones de dólares: 20 000 por deterioro de la relación de intercambio, 10 000 por excesos de intereses, 10 000 por fuga de divisas, y calculando conservadoramente 5 000 por sobrevaloración del dólar. Sumando todo, incluido los que pudieran considerarse intereses normales de la deuda, los países latinoamericanos han puesto en manos del mundo desarrollado y rico, valores equivalentes a 70 000 millones de dólares aproximadamente en solo un año. De ellos 50 000 millones en dinero contante y sonante.

¿Puede resistir la economía de los países latinoamericanos ese drenaje? ¿Puede continuar resistiendo? ¿Puede pensarse en la estabilidad política y social de los países latinoamericanos sometidos a tan despiadada extorsión? ¿Pueden sostenerse semejantes exigencias desde el punto de vista moral? ¿Es justa, es defendible esta política: la política del dólar sobrevaluado, de los intereses sobredimensionados, del intercambio injusto que se nos impone a todos; de promoción y apoyo a gobiernos represivos, sanguinarios; las teorías económicas y las recetas monetaristas aconsejadas aplicadas en esos países; prestarles irresponsablemente fabulosas sumas sin tomar para nada en consideración en qué se invertían y para qué se utilizaba ese dinero? ¿Se puede sostener moralmente, se puede justificar?

Si usted considera, analiza, que el deterioro de los términos de intercambio se viene produciendo históricamente desde hace decenas de años, y ese es uno de los problemas que se ha discutido en el ámbito del Tercer Mundo, en el ámbito del Movimiento de los No Alineados, en las Naciones Unidas, cuando se ha planteado la necesidad del nuevo orden económico internacional o el nuevo orden económico mundial; si a eso y a todo lo demás señalado anteriormente usted añade políticas proteccionistas de los países industrializados más ricos y le suma el *dumping* y la competencia desleal con productos subsidiados que suelen realizar esos mismos países industrializados, ¿cómo no explicarse las di-

ficultades y la tremenda crisis que atraviesa en estos momentos América Latina?

Es absolutamente imposible culpar a Alfonsín de esos problemas; es imposible culpar a Sanguinetti; imposible culpar a Neves; imposible culpar a los dirigentes que surjan de las próximas elecciones de Perú; imposible culpar a Betancur, o a Cordero, o a Zuazo de esos problemas heredados. A Pinochet se le podría culpar muy bien de gran parte de esos problemas, digamos, por su golpe fratricida y su entusiasta contribución y cooperación a esa política durante casi 12 años. Tampoco podríamos culpar a los gobiernos de Panamá y de Costa Rica; tampoco, ni mucho menos, podríamos culpar a los gobiernos de México y de Venezuela. En dos palabras, como norma, debo expresar honestamente la apreciación de que todo esto configura una situación que se escapa al control, los deseos y la voluntad de los gobiernos.

Nuestra tesis es que resulta decisivo, inaplazable resolver el problema de la deuda. Si ello no se logra, ninguno de los procesos democráticos iniciados podrá consolidarse, porque la misma crisis económica que puso en retirada, prácticamente en fuga de la administración pública a los militares en países como Argentina, Uruguay y Brasil, arrastrará en el torbellino de los problemas económicos, tensiones sociales y dificultades insolubles a los propios procesos democráticos que se han iniciado en esos países.

Dadas las condiciones políticas, económicas y sociales de muchas naciones latinoamericanas, no son aplicables ya los métodos de Pinochet, ni siquiera los métodos de República Dominicana para imponer al pueblo las medidas draconianas del Fondo Monetario Internacional, ni sus nuevos dirigentes van a estar dispuestos a aceptarlos.

La crisis avanza y va a continuar avanzando. Es una ilusión absoluta creer que puede resolverse con simples paliativos, renegociaciones de deudas y recetas tradicionales. Muchos políticos latinoamericanos de todas las tendencias han cambiado de actitud. Hay cada vez menos conservadores

en este hemisferio, porque mucha gente tradicionalmente considerada de derecha y llamados conservadores, organizaciones y partidos, están viendo la gravedad y profundidad de los problemas. ¿Quién les puede hablar ahora de la Escuela de Chicago, de suprimir barreras arancelarias, dejar competir las industrias nacientes de estos países con la industria de los países más desarrollados de alta productividad y tecnología? ¿Quién los va a persuadir de esa libre competencia en los propios mercados internos entre la industria de su país y la industria de Estados Unidos, Japón y Europa? Se sienten realmente amargados, defraudados. Estoy hablando de personas y políticos conservadores, no ya de muchos intelectuales, cineastas, artistas, escritores y profesionales, y de representantes de la más diversa gama de partidos políticos que van desde el centro a la izquierda, trabajadores, mujeres, estudiantes, médicos, maestros.

Por ello he estado sosteniendo y se lo he planteado a los propios norteamericanos, se lo he planteado a visitantes japoneses, europeos, y de otros muchos países capitalistas y socialistas, a numerosos periodistas que nos han visitado: o la deuda se resuelve y la crisis económica se supera, o en América Latina se va a producir un estallido social. Y si me pregunta de qué tipo, yo diría que se van a producir estallidos sociales revolucionarios bastante generalizados.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. Pero, ¿podía venir la votación democrática por la derecha dada la situación económica en muchos de estos países?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. En toda situación de crisis, como norma, el partido que ocupa el gobierno tiende a sufrir un rápido desgaste y la ciudadanía se inclina hacia los partidos de oposición; donde hay un gobierno —vamos si quieres a usar los clásicos parámetros— de derecha o de izquierda, conservador o liberal, aunque estas palabras ya no señalan grandes diferencias, en sociedades

estabilizadas, la ciudadanía se inclina hacia el partido de oposición, porque tiende a culpar al partido que está en el poder de los problemas que existen. Es una norma, eso se observa en Europa, pero aquellas sociedades son más estables.

Salvo excepciones, de continuar agravándose la actual situación económica y social en América Latina, no creo en absoluto que el desarrollo futuro de los acontecimientos vaya a transcurrir a través de idílicos procesos políticos, constitucionales y electorales. En unos países va a ocurrir, no todos los países tienen exactamente la misma situación. No es igualmente grave la situación en Venezuela que en Bolivia, en Ecuador que en Bolivia, esto no puede ser un principio del cual tú puedes deducir: va a ocurrir esto, en todos los países, no; pero sin duda puede decirse que esta crisis está afectando ya a todos los gobiernos, en mayor o menor grado. De esta realidad creo que no podría excluirse ninguno.

Pero cómo observo la situación en general, sobre todo en América del Sur. No te hablo de Centroamérica; hace rato ya que estos problemas provocaron estallidos en Centroamérica. Desde mi punto de vista, si no hay una solución a la crisis económica, y en primer lugar una solución a la deuda, van a estallar en Suramérica, es mi convicción más profunda. Las viejas recetas para impedir estos estallidos ya han sido aplicadas, que los instrumentos utilizados históricamente dieron ya todo lo que podían dar. La actual crisis es más grave, más profunda y más generalizada que nunca antes; los militares están en retirada de la administración del Estado; los países se han vuelto para ellos inmanejables, dejando a los civiles una herencia nefasta. A los civiles corresponde ahora la responsabilidad de encontrar soluciones.

Nosotros no estamos, ni mucho menos, haciendo planteamientos incendiarios, subversivos, no es nuestra intención, sino estamos simplemente analizando lo que está ocurriendo y lo que va a ocurrir lo más razonablemente posible.

Si me pregunta, como lo hizo recientemente un periodista: ¿Usted como revolucionario no se alegraría precisamente de eso? Le voy a decir lo que pienso: hay una cosa más importante en este momento que los propios cambios sociales, es la independencia de nuestros países. Esta situación ha llevado a las naciones del Tercer Mundo a tal grado de dependencia, a tal grado de explotación, de extorsión, de abuso, que la independencia y la lucha por el nuevo orden económico mundial se ha convertido para los países de América Latina y los demás países subdesarrollados en la cuestión fundamental. Los cambios sociales solos no resuelven. Los cambios sociales pueden entrañar más justicia, pueden hacer más acelerado el desarrollo, más humano y más equitativo el esfuerzo y el sacrificio de todos; nosotros los hemos hecho y estamos satisfechos de haberlos hecho, pero los avances considerables alcanzados por nuestro país en el desarrollo económico y social no obedecen solo a los cambios sociales. Obedecen también a que nosotros dentro de nuestra esfera hemos logrado —de cierta forma— un nuevo orden económico internacional en nuestras relaciones con los países socialistas. El 85% de nuestras relaciones comerciales se desarrollan con los países de la comunidad socialista, y si bien no con todos en los mismos términos exactamente, pues hay entre ellos diferencias en niveles de desarrollo y recursos, nuestras relaciones se basan en principios de cooperación y comercio verdaderamente justos.

Digamos, nosotros la trágica ley del intercambio desigual que ha regido históricamente las relaciones entre el Tercer Mundo y las potencias capitalistas desarrolladas, la hemos resuelto en nuestras relaciones económicas con la URSS y los países socialistas más desarrollados. Tenemos precios justos por nuestros productos de exportación, precios satisfactorios que están protegidos, por medio de acuerdos, contra el deterioro de los términos de intercambio; es decir, ese fenómeno en virtud del cual se victimiza al Tercer Mundo. Es decir, nosotros consideramos más esencial en lo inme-

diato la lucha por el nuevo orden económico mundial, ese nuevo orden económico mundial del cual se habló y se acordó solemnemente en las Naciones Unidas hace 10 años, precisamente, gracias en gran parte a las iniciativas, el apoyo y la activa participación de México.

El propio Marx concibió siempre el desarrollo de la economía como una premisa del socialismo. La vida obligó a varios países a emprender la vía socialista del desarrollo, nosotros entre ellos; cada pueblo debe decidir por sí mismo lo que prefiera hacer. Pero estoy absolutamente convencido de que para todos los pueblos del Tercer Mundo constituidos por una gran variedad de sistemas y formas de gobierno, diferentes grados de desarrollo y las más diversas formas de creencias políticas y religiosas, la tarea del momento, la prioridad vital, fundamental, de todos sin excepción y en la que todos pueden unirse y luchar en común es el desarrollo.

Tenemos que ir al fondo de los problemas que han creado el subdesarrollo, que afectan el desarrollo de nuestros países y que abren una brecha cada vez mayor entre los países industrializados y los países del Tercer Mundo. Se habló muchas veces de que esa brecha tenía que reducirse y debía reducirse, pero no se reduce, se amplía y se amplía cada vez más, y en estos momentos se amplía más que nunca.

Hay ya países industriales que alcanzan producciones equivalentes a 15 000 dólares por habitante. Compárenlas con la de África, con producciones per cápita reducidas a algunos cientos de dólares, y con la de los países de América Latina. Si en un tiempo fue 10 a 1 la diferencia, hace equis tiempo, hoy es de 15, de 20, de 30 y, en algunos casos, de 40 y 50 a 1. Es decir, la brecha entre el mundo industrializado y el mundo subdesarrollado se amplía.

La brecha del ingreso per cápita también se amplía. No avanzamos, más bien retrocedemos; lejos de desarrollarnos nos subdesarrollamos. Hemos estado viviendo un proceso de subdesarrollo, no un proceso de desarrollo. Cuando nosotros nos diferenciamos cada vez más de los países indus-

trializados y somos cada vez más subdesarrollados, aunque un índice matemático le pueda decir que creció en un 2%, o creció un 3%, más aún crece la brecha y más pobre es este mundo en comparación con el mundo desarrollado, con el agravante de que si el crecimiento demográfico de los países industrializados es del 0,6% o es del 0,7 ó del 0,8; el crecimiento de la población de los países del Tercer Mundo está en el orden del 2 al 3%, y es lo que conduce a que en los próximos 15 años el 80% de la población mundial viva en el Tercer Mundo. Por eso digo que tiene una importancia extraordinaria, en lo que se refiere a todo ese conjunto de países, la cuestión relacionada con un nuevo sistema de relaciones económicas internacionales que hagan verdaderamente posible el desarrollo.

Se puede comprender entonces que si no se logra ese nuevo orden económico mundial, los terribles problemas de nuestros países no podrían resolverse simplemente con cambios sociales. Los cambios sociales, repito, incluidos en un país pobre, pueden traer mejor distribución y resolver importantes problemas, entre ellos dignificar la vida humana cuando se pone fin a horribles injusticias y desigualdades que pueden tener lugar lo mismo en países muy ricos que muy pobres, pero considero la lucha por el nuevo orden económico mundial lo más importante en este momento para los países de América Latina y del Tercer Mundo, porque es lo que puede llegar a traducirse en la creación de condiciones para una independencia real, una soberanía real, e incluso el derecho, y no solo el derecho, la posibilidad objetiva de realizar cambios sociales.

Hay una cuestión esencial: la simple cancelación de la deuda externa de América Latina no resuelve nuestros problemas, ofrecería solamente un respiro de algunos años.

Hay varios países en América Latina que si usted mañana les cancela la deuda, prácticamente no han resuelto nada. Se han agravado de tal forma los problemas en algunos países, y pongo por ejemplo a Bolivia, que la cancelación

de la deuda no tendría apenas repercusión alguna; digamos, pueden contar con 200 millones más, 270, que fue el balance comercial favorable del pasado año, pero son tan graves los problemas acumulados en el país, que con 270 millones no tienen siquiera lo que puede llamarse un respiro. Me han informado de instalaciones donde el costo de producción de la libra de estaño alcanza 16 dólares, y su actual precio en el mercado mundial es de 5.

Ahora bien, considero que hay países que si se resuelve el problema de la deuda, tienen un incuestionable respiro: Argentina tendría un respiro, Uruguay, Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y, vaya, puedo citar a México.

Ahora, debemos estar conscientes de que no habría solución definitiva para los problemas mientras siga operando la ley fatídica del continuo deterioro de la relación de intercambio; mientras persista la política proteccionista de las potencias capitalistas industrializadas; mientras continúe la práctica del *dumping* con productos subsidiados que arrebatan mercados y deprimen los precios de exportaciones de los cuales viven muchos países del Tercer Mundo; mientras puedan imponerse políticas monetarias, en virtud de las cuales se pague el interés que determine una gran potencia industrial; mientras nos sustraigan los capitales que necesitamos para el desarrollo; mientras nos impongan métodos y recetas como los de la Escuela de Chicago.

No hace mucho los países andinos expresaron en una nota al gobierno de Estados Unidos su profunda preocupación por las drásticas reducciones que se están imponiendo a las cuotas de importación de azúcar en Estados Unidos. Ese país que en 1981 importaba todavía 5 000 000 de toneladas de azúcar, las había reducido a 2,7 en 1984, y sus importaciones no rebasarán en un futuro próximo la cifra de 1,7. Los países mencionados calificaron la situación de insoportable. Estas medidas proteccionistas de Estados Unidos reducirán los ingresos de América Latina en cientos de mi-

llones de dólares. Por supuesto, también originarán excedentes que deprimirán aún más los precios mundiales.

Hace algo más de 20 años, Cuba tenía una cuota en ese mercado de más de 3 000 000 de toneladas. Un día le fue arrebatada y redistribuida entre otros países de este hemisferio. El pretexto fue entonces la Revolución Cubana. Había que aplastarla sin piedad. Pero ahora precisamente, cuando la deuda se eleva a 360 000 millones, ¿qué causa esgrimirá Estados Unidos para liquidar la cuota azucarera de los países latinoamericanos?

Si no superamos estos problemas, obtenemos solo un respiro, unos cuantos países obtendrían un respiro, pero no se resuelven las causas más profundas de nuestras dificultades. En mi opinión, este es precisamente el momento de librar esa lucha. Se ha creado una situación de crisis tan grave, que obliga a los países del Tercer Mundo a pensar, a unirse y buscar soluciones, independientemente de militancia y de ideologías políticas, como elemental cuestión de supervivencia.

Pienso que los países de América Latina tienen necesidad de librar esa lucha y están, afortunadamente, en las mejores condiciones para librarla; pero la lucha que se libre por la solución de la deuda, va a beneficiar a todos los países del Tercer Mundo, no solo a los países de América Latina, sino también a todos los países en desarrollo de Asia y de África. Nosotros consideramos que la deuda debe ser cancelada. Matemáticamente es impagable.

El problema no consiste ya en el monto de la deuda, sino en los intereses que se están pagando por ella.

Parto de cuatro hipótesis y en cada una de ellas el supuesto de que la deuda no crezca.

Primera hipótesis: que se concediesen 10 años de gracia para pagar el capital; que en ese período se continúen pagando los intereses como hasta ahora; y después se concedan 10 años para amortizarla con un interés no mayor del 10%. América Latina debería pagar 400 000 millones de dó-

lares en los próximos 10 años, y otros 558 000 millones en los 10 años subsiguientes. En 20 años América Latina habría transferido a los acreedores 958 000 millones de dólares, casi un trillón norteamericano o un billón español. Es decir, casi un millón de millones de dólares saldrían de estos países, sin tomar para nada en cuenta los enormes problemas sociales acumulados, los enormes problemas económicos y el desarrollo por realizar; en 20 años tendrían que extraer de sus modestas economías casi un millón de millones de dólares para enviarlos a los países capitalistas industrializados. ¿Es posible, es concebible? Esto, repito, en el supuesto de que la deuda no crezca absolutamente nada y los intereses no rebasen el 10% en el período de amortización. ¿Es concebible, sobre todo si se toman en cuenta los demás problemas señalados: intercambio desigual, proteccionismo, *dumping*, etcétera? No es concebible.

Segunda hipótesis: que se aplicase la fórmula de pagar como máximo, cada año, un 20% del valor de las exportaciones y los intereses no rebasen el 10% anual. Las exportaciones del conjunto de América Latina se aproximan ya, aunque todavía no han alcanzado los 100 000 millones. Vamos a suponer, incluso, que aunque las exportaciones rebasen esa cifra no se pagase más de 20 000 millones cada año. En ese caso habríamos pagado 400 000 millones de dólares en 20 años y al final tendríamos una deuda de 1 161 850 millones de dólares; es decir, habríamos pagado 400 000 millones y nuestra deuda sería el triple de lo que es hoy.

Tercera hipótesis: que se concediesen 10 años de gracia, incluidos los intereses, un período ulterior de 10 años para amortizar y que los intereses no rebasen en ningún año el 10%. Eso indiscutiblemente significaría un alivio de 10 años. Habría que pagar en 20 años 1 447 310 millones.

Cuarta hipótesis: que se redujesen los intereses al 6%, se concediesen 10 años de gracia incluidos los intereses y un período ulterior de 10 años para pagar. Esta sería, sin

duda, de las cuatro, la fórmula más benigna. De todas formas habría que pagar en 20 años 857 471 millones de dólares.

He puesto cuatro hipótesis. En todas ellas he supuesto que la deuda no creciera, que los intereses no rebasarían el 10%. En todas esas hipótesis se demuestra que la deuda y sus intereses son impagables.

Dadas las realidades actuales, es sencillamente imposible pagar la deuda. No puede llevarse a cabo en la práctica ni lo resisten nuestros países, ni resolvería jamás el problema del desarrollo. La deuda constituye un imposible económico y un imposible político. Constituiría también un imposible moral. Sería injustificable exigir a los pueblos el inmenso sacrificio e, incluso, la sangre que habría que derramar para pagar esta inmensa suma de dinero que en una gran parte se fugó del país, se malgastó o se malversó. Esta deuda cobró ya en República Dominicana su primera cuota de sangre en las vidas de decenas de humildes personas del pueblo. Intentar resarcirla en las actuales circunstancias políticas, económicas y sociales de América Latina, costaría ríos de sangre a nuestras sufridas y empobrecidas naciones y no se lograría jamás. Nuestros pueblos no tienen la culpa del subdesarrollo ni la deuda. Nuestros países no tienen la culpa de haber sido colonias, neocolonias, repúblicas bananeras, cafetaleras, mineras o petroleras, destinadas a producir materias primas, productos exóticos, combustibles a bajo costo, y mano de obra barata.

Historiadores y especialistas en economía afirman que de las fabulosas sumas de oro y plata, salidas de las entrañas de nuestras naciones y que fueron amasadas durante siglos con sangre y sudor de nuestros pueblos, salió el financiamiento para el desarrollo del mundo industrializado que hoy es acreedor exigente de nuestra deuda. Lo que se arrancó a nuestros pueblos solo en los últimos decenios, por el intercambio desigual, los altos intereses, el proteccionismo, el *dumping*, las manipulaciones monetarias y las fugas de

divisas, es mucho más que el monto total de esa deuda. El monto de las riquezas y el bienestar de que se nos ha privado por habernos impuesto la dependencia económica y el subdesarrollo no pueden siquiera intentar medirse. Nuestros pueblos son más bien acreedores, no solo morales, sino también materiales, del mundo del occidente industrializado y rico. La RFA ha estado pagando indemnizaciones pecuniarias a Israel por los genocidios cometidos por los nazis contra los hebreos. ¿Quién paga los genocidios cometidos no solo contra la vida, sino también contra las riquezas de nuestros pueblos a lo largo de siglos?

Por todos estos hechos, es que llegué a la conclusión de que la deuda de América Latina es impagable y debe cancelarse. Se ha dicho que si la deuda no puede pagarse se desestabilizaría y se hundiría el sistema financiero internacional. No es en absoluto imprescindible que esto ocurra. Nosotros planteamos que los países industrializados acreedores pueden y deben hacerse cargo de la deuda ante sus propios bancos.

Como norma, la deuda pública de los países industrializados crece, es ley demostrada por la historia que tiende a incrementarse; lo que hacen los estados industrializados es simplemente responder por los intereses de esa creciente deuda pública.

La deuda pública de Estados Unidos en 205 años alcanzó la cifra de un trillón de dólares —cuando hablo de trillón me refiero al trillón norteamericano, que es el equivalente al billón español, es decir, un millón de millones de dólares—. Pues bien, en 1981 la deuda pública de Estados Unidos alcanzó esa cifra; entre 1981 y 1984, es decir, en solo tres años aumentó en 650 000 millones más y se supone que en 1986 alcance o rebase el segundo trillón. Esto, sin embargo, apenas se menciona en Estados Unidos; no es algo que al parecer preocupe gran cosa. Por el contrario, Estados Unidos hace énfasis en que la economía crece y, efectivamente, se informa que en 1984 se incrementó en 6,8%. Es decir, si

nos atenemos a la propia concepción y teoría económica oficial, el crecimiento de la deuda pública no ha arruinado la economía ni ha impedido el crecimiento; tampoco ha impedido el optimismo con que algunos economistas norteamericanos hablan de futuros desarrollos e incrementos de su economía. Si el gobierno norteamericano, al igual que los de las demás potencias industrializadas, se hiciera cargo ante sus bancos privados de la deuda de los países latinoamericanos y de los demás países del Tercer Mundo, esto implicaría un incremento adicional de su deuda pública.

¿Pero de dónde podrían salir los recursos para responder a los intereses derivados de los incrementos de esa deuda sin afectar en lo más mínimo la economía del país? Es bien sencillo: de los gastos militares, y no de todos los gastos militares, sino de un pequeño por ciento de los gastos militares, el 10% de esos gastos, y si los intereses continuaran tan elevados, con un máximo del 12%.

Con esa modesta reducción de los gastos militares, todas las potencias industrializadas pueden responder ante sus propios bancos de la deuda externa de América Latina y del resto de los países del Tercer Mundo; aun así, los gastos militares continuarían siendo fabulosamente altos y preocupantes.

Como se sabe, en estos momentos se está invirtiendo cada año, en gastos militares en todo el mundo, un millón de millones de dólares, es decir, un trillón norteamericano, un billón español. Y si no se logra el cese de la carrera armamentista, que la conciencia universal considera algo absurdo e inaceptable, en un mundo con más de 100 países subdesarrollados y miles de millones de personas sufriendo necesidades alimenticias, sanitarias, habitacionales y educacionales, tales gastos continuarían aumentando hasta desatar una catástrofe nuclear, riesgo aún más preocupante que la catástrofe económica que ya está sufriendo una gran parte de la humanidad. De ocurrir aquella, hablar de esta carecería de sentido.

Sería verdaderamente sensato y sabio que el inicio de una reducción de los gastos militares, se asociara al principio de una solución de los problemas económicos internacionales. Todos los economistas han planteado que con una parte de los gastos militares, podrían resolverse los problemas del subdesarrollo y la pobreza que azotan al mundo.

El problema de los crecientes gastos militares y los peligros que entrañan para la humanidad, fueron el centro de la reciente reunión en Nueva Delhi, donde participaron figuras de tanto prestigio y autoridad internacional, como Gandhi, Nyerere, Alfonsín, De la Madrid, Papandreu y Palme.

Estados Unidos, utilizando el mecanismo de los vales de tesorería con vencimiento a 10 años, y bonos (de tesorería, con vencimiento hasta 30 años) podría responder, ante sus bancos acreedores, por el monto de sus créditos ante los países de América Latina e incluso del Tercer Mundo. Esto no afectaría, en lo más mínimo, el actual aporte al presupuesto de los ciudadanos norteamericanos. Los bancos recuperarían el capital invertido, las empresas exportadoras de Estados Unidos incrementarían sus exportaciones, los inversionistas norteamericanos en el exterior incrementarían sus utilidades.

Lo que es todavía mucho más importante: tal solución incrementaría el empleo en todos los países industrializados; sus industrias utilizarían un porcentaje mayor de sus capacidades y el comercio internacional se intensificaría.

Recuerde que el problema fundamental de los países industrializados en estos momentos, no es la deuda pública interna ni de la deuda externa. Es el azote del desempleo, que crece constantemente en la mayor parte de los países occidentales, alcanzando la cifra de 3 000 000 en Inglaterra (a pesar de sus nuevos recursos petrolíferos); 2,6 millones en la RFA (récord de posguerra); 3 000 000 en Francia; 2,8 millones en España, y así sucesivamente.

La solución del problema de la deuda externa del mundo subdesarrollado, sería un paso importante para salir de la

prolongada crisis económica internacional, que está muy lejos de haber sido resuelta, a pesar de los pronósticos optimistas que algunos expertos hacen.

La economía de la Comunidad Económica Europea creció en 1984 solo en un 2,4%, y no se esperan resultados mejores en el presente año. Sin embargo, lo que sí crece, constantemente, es el desempleo. Según datos muy recientes, la propia economía de Estados Unidos está confrontando dificultades con su crecimiento en el primer trimestre de este año.

La solución al problema de la deuda externa del Tercer Mundo, aunque constituiría, sin duda, un alivio para muchos países, estaría lejos de resolver el problema del desarrollo. En pocos años, la situación sería igual o peor que ahora si no se superan definitivamente el intercambio desigual, las medidas proteccionistas, el *dumping*, las injustas políticas monetarias, los excesivos intereses de los préstamos actuales y otros factores que integran el injusto sistema de relaciones económicas y de explotación impuesto a los países del Tercer Mundo; es decir, si no se establece verdaderamente un nuevo orden económico internacional.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿Hasta qué punto, de ser así, se debe el inicio de la deuda externa a la corrupción política?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Te voy a decir. Ese es un elemento a tener en cuenta, porque fue un factor, y precisamente he tratado de explicarte cómo las políticas de los gobiernos en estos tres países que mencioné, agravaron la crisis en cada caso. Es un ejemplo de cómo la actuación de los gobiernos puede ser mejor o peor y tiene, desde luego, una incidencia en la situación.

En los orígenes de la deuda hay distintos factores, entre ellos las políticas mencionadas: si usted abre las puertas a la competencia exterior, si usted arruina la industria nacional, tiene que gastar en importaciones cantidades fabu-

losas cada año, y en consecuencia se ve obligado a pedir prestado dinero.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿Hay peligro de que los pueblos de América Latina, al enfrentarse a esas realidades económicas tan sombrías, apoyen a políticos o gobiernos de derecha?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. El pueblo en varios de esos países está saliendo ahora de un verdadero infierno. Su preocupación principal es salir de ese infierno. Muchas veces se decide por fórmulas que hagan más probable, más viable y más rápida la salida del infierno. No hay que engañarse sobre la evolución de los acontecimientos.

Las recetas de los golpes militares represivos fascistas ya fueron usadas, y los propios militares están abandonando la administración de esos países, porque se han vuelto para ellos inmanejables. Solo se sostiene Pinochet cada vez más aislado interna y externamente, una especie de Somoza en el cono sur, inyectando vapor en la caldera y convirtiendo a aquel país en un polvorín que puede estallar, si se prolonga demasiado, en forma más terrible que en cualquier otra parte.

Yo te pregunto: ¿No crees tú que en situaciones normales, en un país como Bolivia, con la décima parte de los problemas que han ocurrido en las últimas semanas, habrían surgido ya pretextos para 10 golpes de Estado militares?

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. ¿Existe la posibilidad del surgimiento de golpes militares de derecha en algunos de esos países?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. No pienso. Estoy convencido de que el peligro para los procesos de apertura democrática no serán precisamente golpes militares de dere-

cha, y le voy a explicar por qué. Ya eso ocurrió, fue el último recurso empleado para enfrentar anteriores crisis que eran solo un pálido reflejo de la situación actual. Ese fue el recurso empleado, primero en Brasil, desde hace más de 20 años, después en Chile, luego en Uruguay, más tarde en Argentina: regímenes militares de mano dura, decenas de miles de desaparecidos; porque si usted cuenta los desaparecidos en uno u otros varios lugares, y jamás se habían utilizado en ninguna parte tan horribles métodos represivos, son decenas de miles, así como decenas de miles de personas asesinadas, torturadas y desterradas.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿Y no pierden los pueblos también la confianza en el gobierno? De ser así, ¿se justifica?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Se suele perderla en el gobierno, pero no siempre con razón; porque, en realidad, a veces surgen nuevos gobiernos y heredan una situación difícil. Se pudiera decir que realmente ni siquiera a los hombres se les puede culpar de esta crisis; esto es la consecuencia de una crisis de un sistema de dominación y explotación, impuesto al mundo subdesarrollado.

La crisis económica se ha volcado y en cierta forma ha sido volcada sobre la economía de los países de menos desarrollo. Puede decirse que se trata de un proceso que venía gestándose hace tiempo, que ha tenido consecuencias más graves o menos graves, en dependencia de los recursos económicos del país y en dependencia también de la mayor o menor eficiencia con que cada país se ha defendido de esa crisis o ha tratado de superarla; hay una gran variedad de casos.

No hay duda de que la política seguida en Chile, Argentina y Uruguay, las políticas oficiales de los regímenes militares han dado lugar a consecuencias nefastas.

Yo recuerdo que en los últimos meses del gobierno de Allende, por ejemplo, Chile estaba importando 100 millones

de dólares de carne por año, llevaba ese ritmo y, sin embargo, pocos meses después del golpe de Estado, Chile empezó a exportar carne, ¿cómo? A base de muertos, miles de personas desaparecidas y a las que se hizo desaparecer, miles de torturados, y víctimas de otros métodos de represión más horribles, expulsión en masa de los empleados públicos, reducción drástica de los servicios sociales, despido masivo de trabajadores en las fábricas, severa reducción de los salarios, reducción drástica del nivel de vida de la población, y, lógicamente, muchos que comían carne dejaron de comerla y a los pocos meses Pinochet pudo empezar a exportar carne.

Pero no fue lo único que hizo Pinochet. Él se presentó como un campeón de los principios occidentales, de los valores occidentales, del capitalismo y de la libre empresa y, en consecuencia, inmediatamente aparecieron los asesores económicos, los especialistas económicos, los profesores de la Escuela de Chicago y le indicaron cómo realmente había que defender los intereses occidentales y los intereses del capitalismo. Le plantearon la teoría de que si quería tener una industria eficiente, tenía que abrir las puertas a la competencia del exterior, poner a la industria nacional chilena a competir con la industria de Europa, de Estados Unidos, de Japón, o de países como Corea del Sur, Taiwán, o Singapur, donde las grandes transnacionales han llevado sus tecnologías, han impuesto su disciplina, para lo cual, desde luego, necesitaban también regímenes autoritarios y de fuerza. El principio que es axiomático para cualquier país en desarrollo, aceptado hace mucho tiempo, de que la naciente industria de los países en desarrollo tiene que ser protegida de la competencia de los países con más recursos, más tecnología y más desarrollo, fue abandonado. Como consecuencia de esto, la industria se arruinó; aumentaron los desempleados, la deuda se incrementó como la espuma.

Allí en Chile, donde se aplicaron con todo rigor los principios económicos más sofisticados de la Escuela de Chicago,

la deuda externa, que en años de Allende ascendía solo a 4 000 millones de dólares, se ha elevado a 23 000 —que es la cifra que me parece más real de las que se han mencionado—, y el desempleo alcanzó un nivel récord entre los países de América Latina: 18,6% de la fuerza laboral. Usted sabe que además del desempleo hay siempre una enorme cifra de subempleados que laboran solo algunas horas en diversas formas de actividad, tratando de subsistir.

Pero la misma política económica aplicada por la dictadura militar en Chile fue la que se aplicó en Argentina y se aplicó en Uruguay. Imagínese usted poner las industrias de automóviles, de camiones, de tractores de Argentina, que producen realmente equipos de calidad, y nosotros los conocemos porque tenemos aquí camiones argentinos, automóviles argentinos y otros equipos que a los argentinos les resuelven perfectamente sus necesidades, que a nosotros también nos las resuelven en el transporte de caña, o en los servicios de taxis, a competir con las industrias de camiones y automóviles japoneses que producen en plantas altamente automatizadas que en muchas operaciones utilizan robots, y emplean aceros japoneses elaborados mediante procesos industriales de alta tecnología y productividad. En dos palabras: ponen a los obreros calificados argentinos a competir con los robots de la industria japonesa.

Yo le pregunté a un emisario del partido triunfante en las elecciones en Uruguay, que nos visitó recientemente, si los militares en Uruguay habían hecho exactamente lo que habían hecho en Chile y en Argentina. Me dijo: "Sí, exactamente igual." Incluso, mencionó el caso de una industria que producía rizadores para el cabello de las mujeres o algo parecido, y cuando aparecieron los mismos artículos más baratos procedentes de Corea del Sur, se arruinó la industria. Es decir que se aplicó la misma receta económica en los tres países, aunque primero se aplicó la receta política de los golpes militares, del uso descarnado de la fuerza contra el pueblo, de los métodos de represión más despia-

dados, en Chile, en Argentina, y en Uruguay. Y usted puede apreciar las consecuencias desastrosas de esos métodos políticos y de esas medidas económicas.

Lo paradójico de todo esto es que el país más industrializado, Estados Unidos, protege celosamente con todo tipo de fórmulas arancelarias y de otra naturaleza, no solo a su industria, que está bien lejos de ser competitiva en muchas ramas, sino también los productos de su agricultura, como el azúcar de remolacha y hasta el jarabe de maíz para endulzar refrescos. Sin embargo, sus profesores vienen a enseñarnos cómo suprimir las barreras arancelarias y hacer competitivas nuestras industrias.

No tengo suficiente información con relación a Brasil, qué hicieron allí los militares en el terreno económico y cómo lo hicieron, cuál fue su receta, los orígenes de su enorme deuda, etcétera. Más bien tengo la impresión de que no siguió Brasil exactamente la misma política de Chile, Argentina y Uruguay, que tal vez se protegió más la industria nacional frente a la competencia exterior, y lo que se hizo fue abrir de par en par las puertas a las transnacionales para que realizaran allí grandes inversiones y montaran la producción atraídas por la mano de obra barata y ofreciéndoles todas las ventajas, garantías y seguridades de que era capaz un régimen de fuerza. Pero tengo la impresión de que los militares brasileños se preocuparon más de proteger la industria nacional de lo que lo hicieron los chilenos, los argentinos y los uruguayos.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿Podrá haber unidad entre gobiernos tan disímiles en América Latina?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Bueno, creo que sí. La crisis económica y la deuda es lo que va a unir a los países de América Latina, y los va a unir mucho más de lo que los unió la guerra de las Malvinas. En este caso, los pueblos latinoamericanos se unieron por un problema —po-

demos decir— de relación familiar, sentimental, moral y política, se trataba de la lucha contra un pueblo hermano, originada por una pretensión colonial, un despojo histórico, un acto injusto de cuando Inglaterra era el imperio más poderoso del mundo. Vieron en la guerra de las Malvinas la guerra de un país europeo contra un país latinoamericano, pero no resultaba algo que afectara intereses económicos vitales para los países de América Latina; es decir, salvo los aspectos patriótico y político de la cuestión, no tenían nada que ganar o perder en lo económico. Era realmente desinteresada aquella solidaridad. Sin embargo, con relación a la crisis económica de América Latina y la deuda externa, la solución de ese problema es una cuestión de supervivencia para América Latina.

Se habla de la crisis de los años 30. La actual crisis es mucho peor que la de los años 30. Si se exceptúa el petróleo, el poder adquisitivo de los productos de exportación de América Latina hoy en día, es inferior al que tenía cuando la crisis de los años 30. Pero sin remontarnos a una fecha tan lejana, calculando los precios de nuestros productos hace 24 años, el poder adquisitivo de los principales productos de exportación tradicionales en muchos casos, entre ellos el azúcar, es de tres a cuatro veces menor en este momento.

Voy a citar un ejemplo. Hace 24 años, para adquirir un buldócer de 180 caballos, se requerían 200 toneladas de azúcar; hoy, para adquirir ese mismo buldócer, se necesitan 800 toneladas a los precios del mercado mundial. Y si se hace un análisis del café, del cacao, del banano, de los minerales que exporta América Latina, las cantidades de productos para adquirir un buldócer o cualquier otro equipo de construcción, transporte, agrícola o industrial importado de los países desarrollados, es tres o cuatro veces mayor que las que entonces se necesitaban. Si nos remontamos a 1950, el deterioro de la relación de intercambio sufrido desde entonces es mucho mayor.

Ahora, ¿cuál es la diferencia de los años 30 a la situación actual? En aquella época, la población de América Latina era menos de la tercera parte de la población actual; los problemas sociales actuales son muchísimo mayores que los problemas sociales en los años 30, o sea que estos problemas se han ido aumentando. Es decir, actualmente tenemos una población de tres a cuatro veces mayor y problemas sociales que se han multiplicado con relación a los años 30.

Pero lo más fundamental es que, cuando la crisis de la década del 30, no existía prácticamente una deuda externa en América Latina. Ahora tenemos una crisis mayor, muchísimos más problemas sociales y una deuda de 360 000 millones de dólares. Un análisis matemático de esta situación demuestra que la deuda es impagable, lo mismo si se analiza la situación de conjunto que si se analiza la situación individual de los países afectados: en algunos casos es más grave; pero en todos los casos, sin excepción, es grave.

Brasil, según los últimos datos oficiales recogidos por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, de las Naciones Unidas, debe 101 800 millones de dólares; México, 95 900; Argentina, 48 000; Venezuela, 34 000; Chile, según cálculos muy conservadores, a mi juicio, 18 400; Perú, 13 500; Colombia, 10 800; países pequeños como Costa Rica, con una población de alrededor de 2 000 000 de habitantes, 4 050; Panamá, con una población similar, 3 550; Uruguay, 4 700 millones. Y estas cifras son conservadoras, ya que, según informes de distinguidos amigos uruguayos y chilenos, la deuda real de Uruguay se eleva a 5 500 millones, y la de Chile a 23 000 millones. Es decir que las cifras oficiales más bien están por debajo del nivel real de la deuda. En muchos casos no resulta fácil a los organismos internacionales conocer el volumen real, ni a los propios gobiernos, porque a las deudas controladas se añaden otras no reportadas de entidades privadas.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿Ha afectado la incapacidad de América Latina para reembolsar sus pasadas deudas sus posibilidades de renegociar nuevos préstamos?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Estas naciones no necesitan nuevos préstamos, no los necesitan. Si ellas están pagando ahora 40 000 millones —van a tener que pagar 40 000 millones todos los años, suponiendo que la deuda no crezca—, son 400 000 millones de dólares en 10 años, a base de grandes sacrificios, para lo cual es muy difícil convencer a la población. Ellas no necesitan préstamos. Ellas se pueden prestar a sí mismas los 40 000 millones, y se pueden prestar a sí mismas estos 400 000 millones para programas de desarrollo, y pueden explicar a los pueblos la conveniencia de hacer sacrificios y adoptar medidas de austeridad para su desarrollo. Evidentemente, resulta difícil pedirles a los pueblos que hagan sacrificios para retroceder, para que el producto per cápita disminuya, para que el producto interno bruto disminuya, pero se puede persuadir a la población de hacer sacrificios para crecer, para desarrollarse.

Los bancos no les pueden ofrecer más recursos que los que ellos pueden ofrecerse a sí mismos. Por ejemplo, si Brasil está pagando 12 000 millones de dólares anuales por los intereses de la deuda, Brasil no necesita más préstamos; con invertir esos 12 000 millones tendría 120 000 millones para el desarrollo en 10 años. Si México, a base de grandes restricciones, está exportando 23 500 millones e importando solo 10 000 millones, México puede invertir más de 10 000 millones cada año, en vez de pagar los intereses de la deuda. Son más de 100 000 millones de dólares en 10 años. Si Argentina está pagando 5 000, en 10 años son 50 000.

Nadie les puede prestar a esos países tan elevadas sumas para el desarrollo, y si lo hicieran en pocos años estarían pagando 60 000 millones de intereses anuales, en vez de casi 30 000 como están pagando ahora. Es decir, los sa-

crificios continuarían, serían aun mayores, y la economía se incrementaría solo para pagar intereses a los bancos. Lo único parecido a esto es aquel tormento de la mitología griega, en que un hombre estaba condenado a empujar eternamente cuesta arriba una enorme piedra que siempre rodaba de nuevo hacia abajo antes de llegar a la cima.

He citado ejemplos. Puede ser igual en Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Uruguay, en casi todos los demás países latinoamericanos. Nadie tiene que prestarles más dinero, depositan ese dinero y lo dedican al desarrollo; no pueden tomar represalias, no pueden, además, bloquear económicamente a esos países. El mundo industrializado no puede prescindir del comercio con los países no desarrollados; no puede prescindir de sus materias primas; no puede prescindir de sus minerales; no puede prescindir de su combustible; no puede prescindir del chocolate.

¿Usted se imagina la sociedad industrializada, a Suiza, Inglaterra, Francia, España, Italia, RFA, Estados Unidos, Canadá, sin chocolate? ¿Se la imagina sin café, se la imagina sin té, sin semillas de marañón para ingerir entre los tragos? ¿Se la imagina sin nuez moscada, sin clavo, sin especias, sin maní, ajonjolí, piña, coco o aceite de coco para sus suaves y olorosos jabones? La vida sería realmente muy triste y muy infeliz en los países industrializados si se paran además las industrias del acero, del cobre, del aluminio, si se paran las industrias químicas y energéticas. Sencillamente no pueden prescindir de todo eso.

Entonces, en este momento la decisión no está en manos de los países ricos. Si usted les dice: presten, ayuden, cooperen, sean justos, pueden pasar 10 años, 50 años sin que le concedan la menor atención. Con esta crisis en que la deuda gigantesca no es más que expresión de un proceso sistemático e histórico de saqueo, la decisión ha pasado a manos de los países del Tercer Mundo y de los países latinoamericanos. Con mucha moral y con mucha dignidad ellos pueden tomar la decisión de suspender los pagos. Esa ac-

ción no es nueva, es tan antigua como el derecho romano. Hace 2 000 años existían los préstamos y las moratorias, los pagos, los impagos; unas veces eran decretados por el Estado, otras veces por los propios deudores. Claro, en aquella época en Roma, que era un país tan democrático como Estados Unidos, y tenía un Senado como el Senado de Estados Unidos, un Capitolio como el Capitolio de Estados Unidos, cuando alguien no podía pagar sus deudas, iba a los tribunales y lo convertían en esclavo. La esclavitud por deuda duró milenios, desde la época de Grecia, de Roma. Hasta fecha muy reciente, hubo países donde la gente que no podía pagar se convertía en esclavo. Pero, ¿para qué servirían los derechos humanos y todas las conquistas que ha alcanzado el hombre en los últimos dos milenios? Los países industrializados no podrían encadenar y esclavizar a 4 000 millones de personas en el mundo, ni tampoco lo necesitaron hasta ahora, porque lo que han estado haciendo es explotándolos cual si fueran esclavos. Hoy trabajan casi exclusivamente para el beneficio de los países industrializados; son esclavos sin cadenas, y muy bien pueden lanzar una proclama de libertad frente al mundo industrializado.

Y eso se ha hecho muchas veces. Los esclavos de Haití en el siglo pasado se proclamaron libres. También un día se proclamó la libertad de los esclavos en Estados Unidos; en muchas partes del mundo ha ocurrido. Nadie ha cuestionado todavía que fue justo. Esta deuda puede ser como el cincel con que los pueblos económicamente esclavizados del Tercer Mundo comiencen a romper sus cadenas.

La cancelación de la misma sería simplemente una proclamación de libertad, absolutamente moral, absolutamente inobjetable. Así que está claro: no necesitan préstamo de ningún tipo. Pero, además, el mundo industrializado se beneficiaría porque los países en desarrollo tendrían más capacidad de compra; en vez de importar 10 000 millones, por ejemplo, México podría importar 20 000 millones; Argenti-

na, en vez de 4 200, podría importar 8 500 millones, así Brasil y todos los demás países de América Latina. Productos elaborados, materiales, equipos para la agricultura, el transporte y la industria, ¿dónde los comprarían? En Estados Unidos, en Europa, en Japón; es decir, la capacidad de compra aumentaría en 80 000 millones de dólares para los países del Tercer Mundo cada año, que bien invertidos garantizaría un crecimiento sostenido de sus economías, si a esto se añadieran los principios económicos proclamados por las Naciones Unidas. Eso significa más exportaciones para los países industrializados, mayor utilización de la capacidad industrial, más empleos.

El desempleo es el problema fundamental del mundo industrializado. Aumentarían el empleo, las ganancias de la industria, las empresas exportadoras exportarían más, los inversionistas en el exterior tendrían más utilidad, los bancos recuperarían su dinero. Porque nosotros no estamos planteando que los bancos quiebren, nosotros no estamos planteando que los bancos pierdan su dinero, nosotros no estamos planteando que los contribuyentes paguen más impuestos; estamos planteando una cosa tan sencilla como es utilizar un pequeño porcentaje de los gastos militares que no rebasaría el 12%, para que los estados acreedores se hagan responsables de la deuda ante sus propios bancos. Los bancos no perderían de esta forma, los depositarios del dinero no perderían; al contrario, los bancos asegurarían ese dinero. ¿Quién mejor que el rico y poderoso Estado industrial del que tanto se enorgullecen las naciones occidentales puede garantizar esto? Si se consideran capaces de concebir y librar la guerra de las galaxias y apenas se preocupan de los riesgos de un conflicto termonuclear que solo en el primer minuto destruiría cien veces lo que se les debe a sus bancos, en dos palabras, si la idea de suicidio universal no los asusta, ¿por qué asustarse de algo tan sencillo como cancelar la deuda externa del Tercer Mundo? No sería nada catastrófico. ¿Quiénes son pues los

únicos afectados? Los gastos militares. Y creo que esto es absolutamente moral y además tranquilizador y saludable. Se asociaría así la solución de los problemas económicos del Tercer Mundo con la paz, la distensión internacional, que es hoy una demanda de todos los países.

Ninguna demanda más justa, más moral que el cese de la carrera armamentista, que la reducción de los gastos militares. Eso es lo que nosotros estamos planteando en esencia. No estamos diciendo que no se les pague a los bancos; estamos planteando que el Estado acreedor se haga cargo de la deuda ante sus propios bancos. Esa es la esencia. Se trata de una simple operación contable. No va a paralizar una sola fábrica, no va a detener un solo buque en su ruta, no va a interrumpir un solo contrato de compraventa en el mercado. Por el contrario, empleo, comercio, producciones industriales, agrícolas y ganancias se impulsarán en todas partes. No va a perjudicar a nadie. Los únicos perjudicados van a ser las armas y los gastos militares, que ni alimentan, ni visten, ni calzan, ni educan, ni curan, ni dan vivienda a nadie. Esa es la fórmula que nosotros hemos planteado.

Me parece que, realmente, hemos tomado en cuenta todos los intereses. Es lo que tiene de bueno la fórmula: no perjudica a nadie y beneficia a todos.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. Supongamos que Estados Unidos cancelara la deuda y en colaboración con América Latina proporcionara una ayuda externa considerablemente mayor. Me pregunto si esa acción cambiaría de modo significativo la opinión que usted tiene de Estados Unidos, y si ello mejoraría las relaciones cubano-estadounidenses.

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Le voy a responder lo siguiente: lo que hace falta es que la deuda se cancele, porque eso va a beneficiar a Estados Unidos, al comercio internacional y a todos los países. Eso sería una

gran ayuda para salir de la actual crisis, porque le voy a decir la verdad: ni siquiera Estados Unidos ha salido de la crisis; por el contrario, Estados Unidos está creando sus propias condiciones para una crisis mayor.

La administración Reagan fue suficientemente hábil durante los cuatro años que pasaron con su política monetarista, con su empleo del poderío económico de Estados Unidos para imponerle al resto del mundo una política financiera, una política monetarista, que tuvieron que aceptar no solo los países del Tercer Mundo, que no podían hacer absolutamente nada, sino que sus aliados españoles, franceses, italianos, ingleses, de la RFA, japoneses, todo el mundo tuvo que aceptarla. Estados Unidos, a través del Banco de la Reserva Federal, decidía cuánto dinero debía haber en el mercado, cuáles debían ser los intereses, qué políticas económicas imponer al mundo para resolver exclusivamente sus propias dificultades económicas: inflación, desempleo, estancamiento de la economía.

Esto se asoció, además, a una carrera armamentista sin nuevos impuestos, como la guerra de Vietnam. Los economistas saben que una de las principales causas de la gran inflación que azotó la economía mundial fueron los gastos de la guerra de Vietnam. Los Estados Unidos invirtieron cientos de miles de millones sin impuestos, porque era demasiado impopular aquella guerra para obligar al pueblo a pagarla con nuevos impuestos.

Ahora Estados Unidos está haciendo un gasto mucho mayor que en la guerra de Vietnam, es decir, está llevando a cabo el rearme y la carrera armamentista sin impuestos. Ha tratado de costearla en parte restringiendo los gastos sociales, la ayuda a los ancianos, a los enfermos, a las escuelas. Todo ese conjunto de medidas que han sido tan discutidas en Estados Unidos. Pero esos ahorros no son suficientes, porque el gasto militar ha crecido en forma brutal: de 135 000 millones en 1980, a 277 000 millones en 1985, a 314 000 millones en el próximo año fiscal. Y ese dinero no

para desarrollar tecnologías industriales, no para hacer una industria más eficiente y productiva; todo este dinero se gasta en equipos que cuestan muy caros y no aportan absolutamente nada a la economía. Esa es la realidad.

Pero, bien, ¿qué logró combinar esta administración? Pudo combinar: carrera armamentista sin impuestos, reducción de inflación, incremento de la producción, disminución del desempleo, algo realmente maravilloso. Es como si tuviera una lámpara de Aladino, o como la piel de zapa de que hablaba Balzac en su novela. Pero bien: a la piel de zapa se le podía pedir tres cosas, y Reagan le ha pedido mucho más de tres cosas ya a esa piel de zapa. Por lo general, estos objetos mágicos no conceden ilimitadamente lo que se les pide; establecen un límite: tres cosas, cuatro cosas, cinco cosas. Y aquí yo le he enumerado cuatro cosas: rearme sin impuestos, reducción de la inflación, incremento de la economía, disminución del desempleo. Algún día habrá que localizar al *trust* de cerebros que le dio a Reagan esta fórmula, y hacerles algún reconocimiento, condecorarlos quizás con una orden que podría llamarse "El Príncipe de Maquiavelo", porque sin duda son gentes muy inteligentes que conocen todos los secretos de estos mecanismos, y lograron lo que Reagan necesitaba: llegar a las elecciones con menos inflación, más empleo, más producción y, además, casi 300 000 millones de dólares en gastos militares sin impuestos. Ahora hay más acorazados, portaaviones, bombarderos, submarinos nucleares, cohetes Crucero, armas de todas clases. Y así se presentó Reagan a la reelección; obtuvo todo esto.

Ahora, hay que hacerse una pregunta, porque el dinero no cae del cielo como la lluvia; el dinero sale de algún lugar. Hay que preguntarse cómo pudo Reagan alcanzar esto y cómo se ha pagado todo esto —yo creo que esa es una pregunta que tienen que hacerse los norteamericanos—, y cuáles van a ser las consecuencias después de esto. Analicemos este hecho, por ejemplo: la deuda pública entre

1981 y 1984, de un trillón —había tardado 205 años en llegar ahí—, en tres años de la administración de Reagan aumentó en 650 000 millones; a fines del año 1986 estarán en el segundo trillón, en cinco años. Hablo del trillón norteamericano, equivalente al billón español: un millón de millones.

Los economistas que asesoran a Reagan han logrado hacer en cinco años lo que todos los demás presidentes de Estados Unidos hicieron en 203 años. No hay duda de que constituye un récord olímpico. Además, el déficit presupuestario ya alcanzó los 200 000 millones de dólares, y al ritmo que lleva en este momento se calcula que va a alcanzar en este año fiscal, 222 000 millones de dólares. Ese es otro récord olímpico.

Hay que tener en cuenta que en el pasado mes de febrero, que solo tiene 28 días, el déficit ascendió a 20 500 millones. El déficit comercial el año pasado fue de 123 000 millones. Récord olímpico. ¡Tres récords olímpicos! Este año se calcula en 140 000 millones de dólares el déficit comercial. En febrero fue de 11 400 millones, el más alto desde septiembre de 1984, que fue de 11 500.

Voy a preguntar lo siguiente: ¿De dónde sale ese dinero? ¿Cómo se explica este "milagro", el "milagro" norteamericano? ¿Cómo ha convertido Reagan el agua en vino? ¿Cómo ha logrado el milagro de multiplicar los peces y los panes? Yo pienso que a partir de esta experiencia y de lo que estamos viendo hoy, va a ser necesario fundar una nueva iglesia, porque estamos viendo "milagros". Es posible que hasta nos falten "milagros" por ver todavía. ¿De dónde sale ese dinero? Ese dinero viene de todo el mundo. Han logrado recoger ese dinero de los japoneses, de los alemanes, de los ingleses, de los italianos, de los españoles, de todos los países industrializados y del Tercer Mundo de una forma u otra para llevarlo a Estados Unidos. Nunca se había producido un fenómeno de esa naturaleza.

Ya los extranjeros tienen invertido en bonos de Estados Unidos casi 200 000 millones de dólares. Eso crece. Solo en

bonos. Es perfectamente posible hacer un cálculo para ver a cuánto ascienden todos los depósitos extranjeros en Estados Unidos. Y Estados Unidos, como dijo recientemente el *Washington Post*, está viviendo por encima de su producción, por encima de su productividad, y se está convirtiendo en el país más endeudado del mundo. Con seguridad, con toda seguridad, ya Estados Unidos solo debe más que todos los países de América Latina juntos. Se habla de cifras de su deuda externa que se aproximan a los 600 000 millones. Habría que pedirles a los economistas norteamericanos, a los especialistas —hay muchos y tienen computadoras—, si podrían reunir la información para que nosotros, "los académicos", sepamos cuánto debe Estados Unidos.

Claro, yo tengo la sospecha de que Estados Unidos, que ha recibido en estos años dólares sobrevaluados, en el futuro trate de pagar con dólares devaluados. Tendrá seguramente una política distinta como deudor a la que ha seguido como acreedor. Prestó dólares baratos y está cobrando dólares caros; recibió préstamos y depósitos en dólares caros, y tratará de pagar con dólares baratos.

Yo quiero imaginarme cuáles van a ser las consecuencias de todo esto en la inflación futura; cuáles van a ser sus consecuencias, y qué repercusión va a tener esto en el poder adquisitivo del dólar americano, a cuánto va a ascender la inflación y si los "magos" que asesoran a Reagan saben cuándo se va a producir este fenómeno. Porque esto va a tener lugar, indiscutiblemente. Qué consecuencias va a tener para la economía futura de Estados Unidos la inversión de dos trillones de dólares en solo ocho años en gastos militares, que se han dejado de invertir en industrias, en tecnología, en desarrollo económico. Porque el único desarrollo importante ha tenido lugar en la industria de armamentos, pero las armas no son artículos que pueda consumir la población. Los fusiles, las balas, las bombas, los bombarderos, los acorazados, los portaaviones no incrementan la riqueza o la capacidad productiva de un país, no pueden

satisfacer ninguna necesidad material o espiritual del hombre. Con esos barcos no se puede ni pescar; nada que sea útil a la vida, a la salud humana, a la lucha contra el cáncer y otras enfermedades, que a tantos norteamericanos matan todos los años.

Hay tres enfermedades que matan cada año a millones de norteamericanos: el cáncer, las enfermedades cardiacas y los problemas circulatorios. No tengo el dato exacto, pero con una población de 240 millones de habitantes, se puede calcular en más de 1 000 000 de personas cada año. No hay ninguna guerra que haya matado tantos norteamericanos nunca. Si se pudiera invertir un poco de ese dinero en luchar contra esas enfermedades —y todo el mundo sabe que no han tenido suficientes recursos—, prolongarían la vida al pueblo norteamericano y a pueblos de muchos otros países del mundo.

Esos dos trillones no producen ni una aspirina, no resuelven un dolor de cabeza. Y algún día también la economía de Estados Unidos se va a lamentar de que las instalaciones industriales no sean mucho más eficientes, más productivas; se van a lamentar de que el medio ambiente se haya envenenado más; se van a lamentar de no haber invertido en hospitales, en lugares de recreación, en escuelas, en asilos de ancianos, en viviendas.

Seguramente alguien diría: Bueno, ¿entonces la alternativa era la de desarmarse? No, la alternativa era liberarse de unos cuantos prejuicios, mentiras y mitos ya anacrónicos, de sueños peregrinos de barrer de la faz de la Tierra otras ideologías y sistemas sociales, de atribuir al adversario los más insensatos y absurdos propósitos, y hablar con los soviéticos, trabajar de una vez sinceramente por la paz. Al fin y al cabo, los soviéticos entienden estas realidades mucho mejor que los norteamericanos, conocieron más de cerca la tragedia de la guerra, tienen una mayor preocupación y un mayor sentido de responsabilidad con relación a la necesidad de evitar un conflicto nuclear que sería catastrófico y con toda probabilidad suicida para la humanidad.

Un socialista entiende mejor, está más preparado teóricamente para comprender la locura de gastar enormes sumas en armas cuando esos recursos podrían utilizarse para resolver los problemas apremiantes de cualquier sociedad humana. Los estados socialistas saben lo que puede y debe hacerse con esos recursos en el país y fuera del país. Basta echar una ojeada para ver la pobreza y las calamidades acumuladas en nuestro planeta. La carrera armamentista es un crimen contra la humanidad. ¿Por qué no la alternativa de un esfuerzo serio y sincero para buscar la paz y la colaboración entre todos los países, basada en el respeto absoluto a la soberanía y al sistema social que cada pueblo decida darse por sí mismo?

Están por ver las consecuencias futuras que este colosal gasto en armamentos tendrán para la economía de Estados Unidos, y las va a tener en la inflación, en las perspectivas de su desarrollo, en el bienestar futuro de su población, en su prestigio y sus relaciones con el resto del mundo. No por rico que sea un país puede dilapidar impunemente su fortuna y la de los demás. Yo creo que va siendo hora de que los norteamericanos mediten sobre esta realidad.

Sabemos lo que ocurrió en noviembre de 1984 bajo el impacto fascinante de los "milagros"; está por ver ahora qué será lo impactante en noviembre de 1988. Algunos síntomas se observan. La comisión de Hacienda del Senado adoptó un acuerdo exigiendo medidas drásticas contra Japón, lo que equivalía a una declaración de guerra comercial contra Japón. El gasto en importación de automóviles japoneses creció en febrero en 1 500 millones de dólares.

Ya se sabe que el déficit comercial con Japón en 1984 fue de 37 000 millones de dólares, este año se espera que llegue a 50 000. Los japoneses realmente no están haciendo acorazados, ni cohetes MX, ni bombarderos B-1, ni submarinos Trident; invierten en industrias, en desarrollo, como hicieron en los últimos 30 años después de la guerra, y por eso tienen una industria mecánica automatizada, industrias

electrónicas, químicas y siderúrgicas modernas. Además, es un pueblo más austero, más organizado, más disciplinado que el norteamericano, y es lógico que compita ventajosamente con los automóviles norteamericanos en su propio mercado interno. Y no le quedará más remedio a Estados Unidos que poner cuotas, dar pasos contra el libre mercado, la libre competencia, exigir contrapartidas en el mercado japonés y todo ese tipo de medidas, en contradicción con lo que se predica y proclama como filosofía económica.

Pienso que habrá personas en Estados Unidos, que miles de gente instruida en cuestiones económicas se angustien por las consecuencias de esta fabulosa carrera armamentista, sin impuestos. Valdría la pena debatir esto en la Cámara, en el Senado, en las academias, para ver si es posible explicar estos "milagros"; porque lo que está claro es que la economía no creció en América Latina, más bien decreció, no creció en la mayor parte de los países del Tercer Mundo, creció muy poco en Europa, y lo que sí ha crecido bastante allí fue el desempleo. Sí, Estados Unidos lo redujo, estaba casi en 11% y lo situó aproximadamente en un 7,5; pero en Inglaterra los desempleados aumentaron a 3 000 000; en Francia a 3 000 000; en España a 2,8; en República Federal de Alemania a 2,6, récord de posguerra. Y sigue creciendo. Ya estas cosas empiezan a explicar los "milagros". En el último trimestre del año 1984, la Tesorería de Estados Unidos, según informan las estadísticas oficiales de Estados Unidos, compró dólares por valor de 72 000 millones cifra récord. Entonces la actual administración y sus asesores económicos han hecho "milagros" y han roto todos los récords olímpicos en materia de déficit presupuestario, déficit comercial, endeudamiento externo, crecimiento de la deuda pública.

Y yo hago una pregunta: ¿Cuáles van a ser las consecuencias de esta política? Yo creo que los norteamericanos tienen derecho a preguntárselo, los representantes, los senadores, y nosotros también tenemos derecho a preguntarlo.

Evidentemente, los países del Tercer Mundo de una forma o de otra se ven profundamente afectados por la respuesta. ¿Y todo para qué? ¿Para mejorar la vida del hombre, el bienestar del hombre, la salud del hombre, la seguridad del hombre? No. Si realmente Estados Unidos se hubiera endeudado, hubiera tenido estos déficit para desarrollar la economía, para aumentar la producción, podría aceptarse aunque no fuera muy honesto hacerlo a costa del mundo: si se invirtió solo para mejorar el nivel de vida, usted podría decir: no es correcto eso, porque no se debe hipotecar el país con ese fin. Ciertamente, nosotros no podríamos hacer eso en nuestro país. Pero si usted se endeuda con cualquiera de los dos objetivos anteriores, le queda al menos lo que haya construido: si no hace nada de eso, ni una industria con ese dinero, ni una fábrica, ni una escuela, ni un hospital ni una mejora en el medio ambiente, ni una vivienda, al final usted ha hipotecado al país, no ha creado nada; no ha mejorado el nivel de vida de nadie, y ha gastado una cantidad fabulosa en artefactos bélicos, que en 10 años, 15 años, son absolutamente obsoletos y no sirven más que para chatarra.

Esa es la visión que tengo de lo que está ocurriendo en Estados Unidos.

Usted me preguntaba cuál sería mi reacción si Estados Unidos cancelara la deuda y brindara además una ayuda mayor a América Latina.

Como le dije al comienzo, bastaría con que la deuda fuese cancelada. Esto puede ocurrir porque Estados Unidos se persuada de que no hay otra alternativa o porque los países de América Latina decidan hacerlo unilateralmente, que sería lo más probable. Tal vez puedan hacerlo de común acuerdo. Si se sigue una política de austeridad, esos recursos podrían alcanzar para el desarrollo. No harían falta inyecciones masivas adicionales de fondos en esos países. Más importante sería resolver otros problemas: precios equi-

tativos, es decir, poner fin al deterioro creciente del intercambio en favor de los países industrializados, a las medidas proteccionistas y a la práctica del *dumping*. Esos puntos son muchos más importantes. Porque si los países latinoamericanos hubieran recibido por sus exportaciones en 1984 lo que recibieron en 1980, habrían ingresado por ese solo concepto 20 000 millones de dólares más. Ese es un ejemplo.

Claro, los países latinoamericanos tendrán que tomar medidas efectivas para evitar que se les escapen las divisas, lo que ha ocasionado también grandes pérdidas en los últimos años, pero mientras la actual política monetarista opere, mientras el dólar esté sobrevaluado, mientras el interés que se pague sea el 12 y el 13%, el dinero de América Latina tratará de fugarse para Estados Unidos. Si estos trucos cesan, si América Latina dejara de remitir valores por 70 000 millones de dólares cada año al mundo industrializado, incluidos los intereses de su enorme deuda, no harían falta inyecciones masivas de dinero para el desarrollo. Algo más, si estos puntos se añaden a la cancelación de la deuda a costa de un pequeño porcentaje de los gastos militares y los bancos recuperan los fondos, se podrían obtener y pagar perfectamente préstamos adicionales para el desarrollo. Bien, si Estados Unidos espontáneamente hiciera lo que usted dice, si tal sistema egoísta y neocolonialista por naturaleza fuera capaz de tal generosidad, se habría producido un "milagro" de verdad, tendría yo que ponerme a meditar sobre ese fenómeno, tendría incluso tal vez que consultar con varios teólogos, y revisar algunas de mis ideas en ese terreno. Quizás en ese caso yo ingrese realmente en un convento.

REPRESENTANTE MERVIN M. DIMALLY. Soñemos un poco. ¿Qué ocurriría si Estados Unidos reanudara sus relaciones comerciales con Cuba? ¿Qué efecto tendría sobre la economía de Cuba?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Mire, yo pienso que Estados Unidos tiene cada vez menos cosas que ofrecer a Cuba. Si nosotros exportamos azúcar y Estados Unidos está reduciendo sus importaciones de azúcar, les está reduciendo casi a cero la cuota a muchos países latinoamericanos, ¿qué azúcar le vamos a vender nosotros a Estados Unidos? Si Estados Unidos limita considerablemente la importación de acero procedente de América Latina y nosotros podemos exportar, por ejemplo, algunas cantidades de acero para la construcción, no existe mercado para esto en Estados Unidos. Si en Estados Unidos imponen miseras cuotas textiles a los países exportadores de América Latina y protegen sus producciones textiles, nosotros que hemos construido nuevas y modernas fábricas textiles y hemos modernizado y ampliado muchas de las antiguas, no tendríamos mercado para nuestros textiles en Estados Unidos.

En cuanto a las posibilidades del turismo, hoy tenemos más demanda que capacidades hoteleras para atenderla. La supresión del bloqueo solo a largo plazo implicaría alguna ventaja. No voy a decir, porque no sería cierto, que no se derivarían algunos beneficios. Quizás hubiera algunas ventajas prácticas, quizás algunas mercancías que hay que adquirir en terceros y distantes países las podamos comprar en Estados Unidos, con menos gastos de transporte y entrega más rápidas; algunos equipos médicos que se fabrican en Estados Unidos, algunos productos farmacéuticos, y cosas por el estilo, de esta índole. Pero no es una cosa trascendental, porque sería inconcebible que nosotros nos pongamos a comprar ahora Cadillacs ni cosas suntuarias en Estados Unidos, si un día de alguna forma se normalizan las relaciones con esa nación; no tenemos la menor intención de invertir un solo centavo en cosas suntuarias, esas que las siga exportando a otros países latinoamericanos, a millonarios y gentes que tiene dinero y puede gastarlo en esas cosas, aunque sus países no obtengan de ello ningún beneficio; tal vez, por el contrario, más deudas y más despilfarro.

Pero bien, hablando con franqueza —me gusta la franqueza—, las relaciones económicas con Estados Unidos, no implicarían para Cuba ningún beneficio fundamental, ningún beneficio esencial. Si mañana se reanudan las relaciones comerciales con Estados Unidos, y nosotros pudiéramos exportar a Estados Unidos nuestros productos, habria que ponerse a elaborar planes para nuevas producciones que tuvieran el objetivo de exportarse en el futuro a Estados Unidos, porque todo lo que nosotros producimos hoy y todo lo que vamos a producir en los próximos cinco años está vendido ya a otros mercados. Habria que quitárselo a los países socialistas para vendérselo a Estados Unidos, y los países socialistas nos pagan mucho mejores precios, y tienen mucho mejores relaciones con nosotros que Estados Unidos.

Los cítricos, gran parte del azúcar, gran parte del níquel y otros productos los exportamos a los países socialistas, que no solo nos pagan precios mucho más altos de lo que nos pagaría Estados Unidos y nos venden más baratos sus productos, sino que nos cobran muchos menos intereses por los créditos, y nos renegocian la deuda a 10, 15, y 20 años, sin intereses.

En realidad, ¿qué vamos a hacer nosotros? Hay un dicho campesino que dice que "no se puede cambiar la vaca por la chiva" (*Risas*).

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿Cómo valora usted la repercusión neta del boicot económico impuesto por Estados Unidos a Cuba? ¿Qué tiempo puede sobrevivir Cuba sin el comercio con Estados Unidos?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Si usted hace cálculos matemáticos puede detallar las consecuencias del bloqueo —nosotros lo hemos hecho— claramente nos ha costado miles de millones de dólares. Solo en el transporte, para citar un ejemplo, si usted tiene que traer de Japón o de Europa las mercancías que importa, si usted tiene que

transportar desde un lugar diez veces más distante, veinte veces más distante, las mercancías que nosotros hubiéramos podido adquirir en Estados Unidos, se ve obligado a gastar en transporte una suma varias veces mayor. Si usted además tiene que ir a buscar a otros lugares mercancías que no podía comprar en Estados Unidos, es posible que en esos lugares tenga que pagarlas a un precio mayor, porque el comerciante, el vendedor, sabe que usted no tiene otra alternativa que comprar esa mercancía en aquel país. Si usted calcula el daño que le ha ocasionado a Cuba el despojo de su cuota azucarera, y la diferencia de precios entre los que nosotros hubiéramos recibido de Estados Unidos en virtud de los acuerdos que existían, y los precios a que tuvimos que vender esa azúcar en Japón y en otros países, la suma es abrumadora.

Si usted calcula el daño ocasionado con el cese de todo el suministro de piezas de repuesto, materiales específicos y equipos para industrias que eran de tecnología norteamericana, se puede apreciar un perjuicio considerable.

Pero hay cosas más dolorosas todavía, porque está el daño humano ocasionado. Si usted no puede adquirir un equipo médico que se produce solo en Estados Unidos, o una medicina para salvar una vida, las consecuencias del bloqueo ya no son económicas, son de carácter humano. Cuando en cualquier país una persona es víctima de una medida que puede ocasionarle la muerte, existen incluso los procesos judiciales para reclamar una indemnización material. Por ejemplo, en la India ha surgido una demanda colosal y justa, por la muerte ocasionada a miles de personas como consecuencia de un escape de gas letal en una industria de pesticidas, propiedad de una transnacional norteamericana; pero sin entrar en esos aspectos, el bloqueo ha significado, ha costado miles de millones de dólares a la economía de nuestro país, nosotros lo hemos calculado en 10 000 millones de dólares aproximadamente. Sin embargo, hemos resistido y podemos seguir resistiendo; hemos resistido 26

años, podemos resistir otros 26 años, podemos resistir otros 100 años sin comerciar con Estados Unidos, porque nos vimos obligados a mayores esfuerzos, mayor austeridad, mayor eficacia. Es decir, de este daño económico ocasionado por el bloqueo nosotros hemos desarrollado algunas virtudes de enorme valor para un país en desarrollo. Hemos luchado por encontrar otras soluciones, y las hemos encontrado; nos hemos esmerado en nuestro trabajo, y hemos convertido la agresión económica de Estados Unidos en un estímulo.

Nosotros hemos desarrollado las relaciones económicas con los países socialistas, hemos establecido un nuevo orden económico internacional en nuestras relaciones con ellos, y no fuimos víctimas de la ley del intercambio desigual ni del proteccionismo, ni de la sobretasa de interés, ni de la sobrevaloración del rublo, ni de medidas proteccionistas, ni de *dumping* por parte de los países socialistas. Y en consecuencia nosotros hemos alcanzado una base sólida para el desarrollo económico y social de nuestro país, que está garantizado. Ya nosotros sabemos lo que vamos a hacer en los próximos 15 años, en todos los campos del desarrollo económico y social las esferas industrial, agrícola, habitacional, educacional, cultural, deportiva, médica, etcétera, y a pesar de ese bloqueo en algunas áreas como salud y educación, nosotros ya estamos muy próximos y pensamos estar en un futuro no lejano por delante de Estados Unidos. Es decir que empleamos los recursos de modo racional, para un desarrollo económico sostenido y al servicio del pueblo. Nosotros sí que no andamos tomando medidas como dejar a los ancianos con menos ayuda, a los jubilados con menos pensiones, a los enfermos con menos medicinas, a los hospitales y escuelas con menos recursos; no sacrificamos los programas sociales, como en Estados Unidos, para construir portaaviones, cohetes MX, y otros tipos de artefactos bélicos odiados en el mundo.

Usted puede apreciar la diferencia. Mientras allá Estados Unidos ha impuesto una política de sacrificar la asistencia social y los gastos sociales, aquí esos gastos están priorizados, y ni siquiera se congelan, como se ha planteado en ese país, por el contrario, se incrementan cada año, a medida que crece la producción económica. Por los factores señalados somos el único país de América Latina y del Caribe que no ha sufrido esta crisis, incluso no hemos conocido la crisis más que en una pequeña proporción, en el 15% del comercio que tiene lugar con los países occidentales, que, desde luego, nos venden caro, nos compran barato y nos obligan a pagar altos intereses por la deuda externa en moneda convertible, que es relativamente modesta; pero el 85% de nuestro comercio es con la comunidad socialista, y esto es lo que nos da una base sólida para un crecimiento sostenido de la economía, y en estos años de crisis, cuando en el conjunto de los países de América Latina ha disminuido el producto interno bruto y el producto per cápita, el producto social global, es decir, la economía de Cuba creció en el período 1981-1984, un 24,8% y el producto per cápita en 22,6%. Esto consta en los informes anuales de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, donde se puede apreciar la situación de Cuba comparada con los demás países de América Latina.

El crecimiento de la economía de Cuba en el período 1981-1984 es más alto, considerablemente más alto que el del resto de los países de América Latina. En Argentina, el producto interno bruto se redujo un 6%; en Bolivia, 16,1; en Brasil, 0,3; en Chile, 5,4; en Perú, 3,8; en Uruguay, 13,9, sería extensa la lista. No hablo ya de los índices de educación y salud, donde nuestro país ocupa un primer lugar entre todas las naciones del Tercer Mundo y por encima de varios países industrializados. No tenemos problemas de desempleo, mendicidad, barrios marginales, prostitución, juego o droga. Ni siquiera de alcoholismo.

Por eso nosotros podemos hablar de este problema de la crisis económica y de la deuda de América Latina con mucha moral; no estamos obligados a callarnos. Precisamente por eso lo estamos denunciando con la mayor energía; pero estamos tranquilos, afortunadamente en esencia dependemos muy poco del mundo occidental y no dependemos para nada de las relaciones económicas con Estados Unidos. Me pregunto cuántos países en el mundo podrían decir eso.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿Percibe usted agudas diferencias en cuanto al enfoque de Estados Unidos hacia los problemas económicos de Europa Occidental y el enfoque de Estados Unidos hacia América Latina? De ser así, ¿cuáles?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Sí, indiscutiblemente. Las relaciones de Estados Unidos con Europa Occidental y Japón, son relaciones entre países industrializados y desarrollados; entre ellos no opera el principio del intercambio desigual, sino un principio de competencia, integración y cooperación. Una prueba de esto es la siguiente: las empresas transnacionales tienen inversiones por valor de 625 000 millones de dólares, de ellas solo 150 000 millones en el Tercer Mundo; de esos 150 000 millones, 53%, es decir, alrededor de 80 000 millones, están invertidos en el área de América Latina y el Caribe, lo que significa que más del 75% de las inversiones de las empresas transnacionales están en el mundo industrializado. Hay empresas europeas en Estados Unidos y empresas de Estados Unidos en Europa; lo mismo ocurre con Japón y otros países industrializados; entre ellos no tiene lugar este fenómeno del intercambio desigual, aunque dentro del conjunto de las economías occidentales, la economía norteamericana es predominante y es la que establece las normas y las reglas. Entre estos países hay dificultades, entre Estados Unidos y Japón, entre Estados Unidos y Europa, entre Europa y Japón, pero bien, disfrutan de una vida llevadera, y en ocasio-

nes disponen de tantos recursos, de tanta productividad, que se permiten el lujo de trabajar menos horas y disfrutan de un ingreso per cápita que no tiene comparación con el del Tercer Mundo. Si hubiera racionalidad en el sistema, se pudiera trabajar menos horas todavía y reducir a cero el desempleo, pero claro, el propio sistema exige una reserva de desempleados. Cada vez se incrementa la diferencia entre el ingreso per cápita de los países industrializados y el ingreso per cápita de los países en desarrollo.

En cambio, las relaciones de Estados Unidos con América Latina son relaciones desiguales e injustas, las que existen entre los países industrializados y los países del Tercer Mundo. Ya le hablé largamente de todo esto y le expliqué cómo los países de América Latina estaban transfiriendo cada año enormes cantidades de recursos a los países industrializados.

Es decir, la diferencia fundamental está determinada porque existen dos tipos de relaciones: las que se desarrollan entre los países industrializados, relaciones de colaboración, integración, intercambios sobre bases más o menos equitativas, y las relaciones con América Latina, relaciones injustas, realmente relaciones de explotación despiadada. Esa es la diferencia esencial.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. Se aduce que las condiciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional a los países del Tercer Mundo constituyen una fórmula para el desastre político y económico. ¿Cree usted que las políticas del FMI auguran el desastre para los países del Tercer Mundo?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Sin duda de ninguna clase auguran un desastre económico, un desastre político y un desastre social, van a engendrar una crisis sin precedentes, de consecuencias impredecibles. Sé como está pensando mucha gente en América Latina y cuál es su es-

tado de ánimo. Esto incluye personas de todas las categorías sociales y de la más diversa ideología. Una conciencia casi unánime se desarrolla en torno a la deuda y la imposibilidad de su pago, y en torno a las relaciones económicas injustas e intolerables que se le han impuesto al Tercer Mundo. De una forma o de otra esta situación tendrá que cambiar. El Fondo Monetario, que ahora está haciendo mucho daño, al final será acreedor de nuestro agradecimiento, porque está creando una gran crisis, y de la crisis surgirán las soluciones. Es ley de la historia que los grandes problemas nunca se han resuelto mientras no han hecho crisis. Los hombres nunca han sido suficientemente previsores para actuar de otra forma. Entonces, el Fondo Monetario y el sistema —el Fondo Monetario es un instrumento del sistema— van a provocar la rebelión de los países del Tercer Mundo. Y la rebelión va a promover la solución de estos problemas, que no es solo la cuestión de la deuda, sino del conjunto de relaciones económicas injustas y ya insorpotables entre un puñado de naciones industrializadas y ricas, y más de 100 naciones donde viven las tres cuartas partes de la humanidad. Esto no se va a resolver en virtud de un milagro, ni en virtud de proclamas, o de ideas, o de argumentos, o por la persuasión de alguien o por la subversión de alguien. No. La crisis es la que va realmente a promover la solución.

Bueno, como ustedes saben, la independencia de Estados Unidos no se produce hasta que no ocurre una crisis. La abolición de la esclavitud en Estados Unidos no tiene lugar hasta que ocurre una crisis. En época más reciente, el *New Deal* de Roosevelt, que por cierto salvó al capitalismo, fue la respuesta a la gran crisis de los años 30. Es conveniente recordar que en vísperas de la catástrofe, la economía de Estados Unidos parecía más saludable y próspera que en ninguna otra época. De la catástrofe económica y social que tuvo lugar en el viejo imperio de los zares, a raíz de la guerra de 1914, surgió la primera revolución socialista, y de la Segunda Guerra Mundial, la independencia de la India, la

revolución en China, la comunidad socialista de Europa y el fin del sistema colonial.

Si usted analiza los grandes acontecimientos históricos y los cambios importantes en todas partes, siempre han sido así. ¿Qué surgirá de la catástrofe económica, social e incluso ecológica que están sufriendo los pueblos del Tercer Mundo? ¿No será precisamente la descomunal deuda externa el detonante de grandes cambios en las relaciones económicas internacionales? En América Latina, no tengo la menor duda, o hay soluciones a estos problemas, o tendrán lugar grandes estallidos sociales que derivarán hacia cambios revolucionarios generalizados.

Al final, en prenda de gratitud, es posible que le hagamos un monumento al Fondo Monetario Internacional, e incluso le hagamos a Reagan también un monumento, porque todas estas cosas, todas estas políticas están ayudando a unir a los gobiernos, a unir a los países del Tercer Mundo, por encima de ideologías, para exigir y para imponer un cambio en las relaciones económicas establecidas. No tengo la menor duda de eso, estoy convencido de eso; estoy seguro. El Fondo Monetario Internacional se ha quedado sin argumentos frente a los hechos, frente a los datos, frente a los números, frente a las realidades. Todas sus tesis y todas sus fórmulas tradicionales, todas sus recetas, están en crisis.

Los representantes y los teóricos de esta venerable institución pueden reunir a todos los dirigentes latinoamericanos, académicos, profesionales, economistas, políticos de izquierda o de derecha en un gran teatro para ofrecerles una conferencia a fin de exponer sus fórmulas, defender sus tesis, explicar cómo deben ser resueltos estos problemas de que estamos hablando, y quizás a esos hombres que hace 25 años, 30 años, los hubieran recibido con bandas de música y aplausos, los reciban ahora con frías e irónicas sonrisas. Ya nadie cree en el mundo lo que dicen. La Comisión Brandt fue quizás el último esfuerzo para introducir algunas

reformas y darle un poco de carne, de vida y de sentido común al viejo esqueleto del sistema creado en Bretton Woods al final de la Segunda Guerra Mundial para el dominio y la explotación de los recursos naturales y humanos de los países del Tercer Mundo. Pero nadie le hizo el menor caso.

Pero bien, no se trata de una simple toma de conciencia. Usted toma conciencia del problema cuando existe el problema en toda su dimensión y en toda su gravedad, mientras tanto todo sería especulación teórica, noble oficio de visionarios. Ahora existe el problema en toda su dimensión, y yo diría que este sistema de relaciones económicas ha caído en su propia trampa y que los aventajados asesores económicos, los brillantes "magos" que han obrado aquellos fabulosos "milagros" de que hablábamos antes, están creando para la economía de Estados Unidos las premisas de una gran tragedia.

Desearía decir una sola cosa más. Esta mañana apareció en los cables una noticia algo inusual: el presidente Reagan, bien temprano, fue el primero que llegó a la Bolsa de Valores de Nueva York; porque, claro, habían aparecido algunas informaciones de que la economía norteamericana en este primer trimestre estaba creciendo mucho menos que el año pasado, y el dólar empezaba a perder valor en el mercado internacional. El presidente Reagan se presentó en la Bolsa para inyectar moral al dólar, inyectar moral a la economía porque, como todo esto es "mágico", en realidad hacía falta conjurar los espíritus. Es decir, si tanto dinero no sale del trabajo, de la producción, de la productividad ni de las minas de oro, tiene que salir del espíritu. Había que ir allí realmente para llevar a cabo algo así como un rito religioso, para proteger la economía norteamericana de cualquier percance, de cualquier dificultad. Pero es verdaderamente sintomática esta visita de Reagan por la mañana, tempranito, a pesar del enorme trabajo que tiene en Washington, de las numerosas visitas de ilustres huéspedes que está recibiendo, a la Bolsa de Valores de Nueva York. Es que quizás el espíri-

tu de Hoover anda dando vueltas por la Bolsa de Valores, y había que espantar de allí los malos espíritus.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. Cada vez más los estados insulares del Caribe dependen de Estados Unidos para una ayuda económica con vista a hacer frente a la crisis actual. ¿Podría Estados Unidos ayudar significativamente a esas naciones con mayores donativos y préstamos?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. El mero hecho de constituir un país muy pequeño en territorio, en población, se convierte de por sí ya, en el mundo de hoy, en un problema para el desarrollo, porque casi todas las tecnologías se basan en una escala de producción para un mercado mucho más amplio. Esas escalas tienden a crecer.

Todo el mundo conoce que, por ejemplo, una planta eléctrica de 2 000 kilowatts consume proporcionalmente mucho más combustible por unidad de energía eléctrica producida que una termoeléctrica de 300 000. Todo el mundo conoce que una planta electronuclear se construye con reactores de no menos de 400 megawatts de potencia. Ni siquiera se producen de menor tamaño en el mundo.

Cuba ha planteado en algunos foros internacionales la necesidad de encontrar una solución técnica a este problema, que priva a numerosos países pequeños importadores de petróleo de toda posibilidad de utilizar la energía nuclear.

Tampoco pueden recibir la electricidad desde cualquier otro punto porque son territorios aislados.

Usted tiene el caso de Europa, la Unión Soviética, por ejemplo. Existen grandes líneas trasmisoras de electricidad, que a lo largo del día van trasladando la electricidad de este a oeste y a la inversa, desde grandes instalaciones situadas a lo largo del país, haciéndola llegar a cada punto que la necesita en la hora de máxima demanda. Cuando en una ciudad del este son las 8:00 de la noche, en otra al oeste pueden ser las 4:00 de la tarde. Esto permite utilizar

a plena capacidad las plantas generadoras. Incluso trasladan electricidad hasta los países socialistas de Europa, y creo que en algunos casos trasmiten energía eléctrica a occidente. Supongo que en Estados Unidos hacen exactamente igual con sus plantas generadoras de electricidad. También los oleoductos, los gasoductos, las carreteras, los ferrocarriles, comunican entre sí a aquellos países de la comunidad socialista y de Europa. Nada de esto puede ocurrir entre las pequeñas naciones del Caribe.

Desde que el país está constituido por una isla, aunque no sea tan pequeña —ponga usted el caso de Cuba—, no puede recibir gas, petróleo, electricidad, o cargas sólidas o líquidas de cualquier tipo por ninguna de las vías por las que pueden recibirse en un territorio continental. Todo tiene que ser generado en el país o transportado en barcos.

Si la isla es además muy pequeña, los problemas se multiplican. Si usted desea construir una planta textil, la capacidad mínima que se requiere como escala racional y económica de producción es no menos de 25 000 000 de metros cuadrados de tejido. Si se trata de una planta de producción de cemento, debe instalar como mínimo una línea que produzca 300 000 toneladas anuales. Ni siquiera se suelen fabricar en el mundo más pequeñas. De este modo, si usted analiza una serie de ramas industriales, en estos pequeños países del Caribe los problemas del desarrollo económico resultan mucho más complejos, mucho más difíciles, precisamente por su doble carácter de países pequeños y, además, insulares.

Si usted considera todos los países del Caribe, todo el Caribe Oriental, no hay duda que se requieren elaboraciones teóricas serias y creativas para dar respuesta a estas limitaciones, si es que no se les quiere asignar el destino de ser exclusivamente centros de turismo, placer, juego, agradables cocoteros y lugares exóticos para disfrute de los privilegiados viajeros del mundo industrializado. Es indiscutible que necesitan una integración económica muy es-

trecha. Jamaica tiene cierta dimensión territorial y una población de más de 2 000 000 de habitantes, puede alcanzar cierto desarrollo autónomo; lo mismo Trinidad-Tobago; pero la inmensa mayoría de esas islas no pueden prescindir de la comunidad económica.

Yo le recuerdo un ejemplo: Europa Occidental, constituida por un conjunto de naciones industrializadas y ricas; no podrían sostenerse esos países hoy sin la Comunidad Económica Europea, sin la integración económica. ¿Cómo pueden sostenerse y desarrollarse un conjunto de islas pequeñas recién salidas del status colonial, sin una integración? Necesitan la integración económica, es incuestionable. Solo sobre esa base podrían alcanzar un cierto desarrollo industrial eficiente en distintas ramas, tomando en cuenta los recursos naturales y humanos de cada una de ellas, el mercado potencial del conjunto y las posibilidades de exportación a otras áreas. Casi todas, por otra parte, hablan el mismo idioma y tienen la misma cultura. Necesitan una comunidad económica.

Esto, por supuesto, sería requisito para la viabilidad de su independencia.

Yo entiendo, desde luego —no puedo estar en desacuerdo—, que los países industrializados, y los propios Estados Unidos, abran sus puertas a las producciones de estos países. Estoy absolutamente de acuerdo, porque es lo que estamos planteando como principio general, que se abran las puertas de los mercados de las naciones desarrolladas para las producciones y las exportaciones de los países que necesiten desarrollarse. Ese es un aspecto que se contempla, aunque solo por un período limitado de tiempo, en la llamada Iniciativa del Caribe. El proyecto contiene ese elemento positivo; pero la concepción está permeada de la idea de que las transnacionales se hagan cargo de estos países. Se concibe como un negocio privado el desarrollo de estas islas. La ayuda se ofrece propiamente a los inversionistas norteamericanos, ni siquiera se concibe como un

desarrollo nacional con empresarios nacionales, sino como un desarrollo transnacional con empresarios extranjeros a base de mano de obra barata, cuyo salario sería lo único que quedaría en el país. A cambio de eso, exenciones arancelarias y tributarias de todo tipo y hasta el chicle y los refrescos tendrán que venir de Estados Unidos. La vieja historia de las repúblicas bananeras y cañeras. Ya conocimos ese tipo de desarrollo. Eso no integra a los países del Caribe, no los une; más bien los divide y los pone a competir entre sí. Facilita su manipulación. No podemos estar de acuerdo en absoluto con esa concepción.

En Puerto Rico que en un tiempo se pretendió presentar como modelo de esta forma de desarrollo, después de invertirse allí más de 20 000 millones de dólares, gran parte en todo tipo de industrias contaminantes, hay un elevado número de desempleados y casi la mitad de la población tiene que recibir bonos alimenticios para poder subsistir.

Estas islas del Caribe Oriental, y otras muchas regiones del mundo, para poder desarrollarse necesitan de una gran cooperación internacional; con sus solos recursos no podrían subsistir. Hay que concebir un desarrollo económico y social que tenga por objetivo el bienestar de su población, y no las ganancias y los negocios de las transnacionales, para lo cual servirían en último término las facilidades de mercado que se les ofrecieran.

En resumen: necesitan la integración, necesitan la cooperación internacional; su desarrollo no puede llevarse a cabo a base de sus recursos exclusivamente, y no debe llevarse a cabo como un negocio de transnacionales, sino que su objetivo cardinal tendría que ser el bienestar de su población y la consolidación de su independencia e identidad nacional. La cooperación exterior resulta esencial.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. Pongamos por caso el peor escenario posible, a saber, que la crisis de la deuda continúe deteriorándose. ¿Qué repercusiones tendría un deterioro aun

mayor sobre las instituciones políticas y democráticas en América Latina?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Significa la crisis, hagan lo que hagan. Si hay un gobierno como el de Pinochet, significa la crisis del gobierno de Pinochet; si hay un gobierno como el de Uruguay, que acaba de ser electo, y no hay solución a este problema, significa la crisis del proceso de apertura democrática allí; en Brasil, en Argentina, significa la crisis para el equipo gobernante en cualquiera de esos países. No es un virus selectivo, no, no, afecta a todos: a los dictadores, a los demócratas, a los de derecha, a los del centro, a los de la izquierda, a todo el mundo. Y, desde luego, no nos lamentaríamos de que esto ayudara a la rápida desaparición del régimen de Pinochet; pero sí realmente duele pensar que esta crisis pueda significar también la rápida ruina, el rápido desgaste de todos los gobiernos que han surgido como consecuencia de la apertura democrática, y con ellos la crisis de todos esos procesos, si no lograran unir fuerzas dentro y fuera del país para librar y ganar la batalla de la deuda externa.

Lo que sostengo es que en ese caso no creo que vengan nuevos golpes militares de derecha, sino más bien estallidos sociales y van a asumir un carácter revolucionario con la posible participación de sectores militares de tendencia nacionalista y progresista. Sostengo que las fuerzas armadas están ahora en franca retirada del gobierno, precisamente por la crisis. Los países se han hecho inmanejables, les han dejado el gobierno a los civiles, no quieren por el momento saber de la administración del Estado, lo que no excluye que surjan movimientos revolucionarios en el seno de los propios militares en algunos países, como consecuencia de la crisis. Serán civiles o serán militares o una combinación de ambos elementos los que asuman la responsabilidad, pero alguien va a enfrentar el problema. Cualquier cosa puede ocurrir en estas situaciones.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. ¿Está usted preocupado porque el mundo industrializado pudiera intentar bloquear o bloqueara América Latina si las naciones afectadas no pagan sus deudas?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Nada de lo que haga el mundo industrializado puede ser peor de lo que está ocurriendo ahora, y, en segundo lugar, es un imposible político en el mundo de hoy. Se puede bloquear un país, dos países; no se pueden bloquear 100 países; no se puede bloquear el Tercer Mundo completo, eso significaría el autobloqueo del propio mundo industrializado. Lo que hagan unos pocos países seguramente será apoyado, con muy pocas excepciones, por todos los demás.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿No es acaso probable que los bancos acreedores tomaran medidas enérgicas contra las medidas que usted recomendó?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Los países de América Latina, por su importancia política, por su peso político en el mundo, su enorme deuda, su terrible crisis económica y social, y los riesgos de una explosión social de imprevisibles consecuencias, por su profunda comunidad de intereses y sus posibilidades de acción unida, a mi juicio, están en mejores condicio..es que cualquier otra región del mundo para abordar seriamente este problema; muchos de sus dirigentes han planteado ya, en términos claros y precisos, las premisas relacionadas con la deuda externa, que sería el primer paso de esta lucha.

Sin embargo, es inconcebible que los países de este hemisferio afectados por este problema no formen un club de deudores, cuando precisamente los países acreedores están estrechamente unidos en el Fondo Monetario Internacional y en el Club de París. Un club, un comité, un grupo, o como quiera llamársele, resulta indispensable; los países,

actuando aisladamente, no podrán alcanzar ninguna solución duradera a sus problemas, sino fórmulas paliativas que mitiguen las dificultades actuales: un breve período de gracia para el pago del capital, una pequeña reducción en la de interés.

Como te dije antes, el problema ya no consiste en el pago del capital. Se pueden conceder cuatro años de gracia, seis, ocho y hasta diez, y un período similar ulterior para pagar el total de la deuda, incluso más si se quiere, el problema será cada vez peor. Las actuales renegociaciones no resuelven absolutamente nada. El problema está en los enormes intereses que hay que pagar cada año, religiosa y puntualmente, acompañados de medidas políticamente inaplicables, exageradas e irreales metas relacionadas con la inflación, reducción del déficit presupuestario, restricción a los gastos sociales en países llenos de necesidades alimenticias, médicas, educacionales, de empleo, de viviendas, etcétera, y otros puntos exigidos por el Fondo Monetario Internacional, que se hacen imposibles cuando el país se ve obligado a erogaciones enormes simplemente para pagar los leoninos intereses de la deuda. La población no lo comprende ni lo puede comprender. No hay otro mensaje para ella que el del sacrificio estéril: le han hecho ya muchas promesas, desde hace mucho tiempo y ve claramente que empeora cada día. No entiende ninguno de esos tecnicismos, no le dicen nada, no le ofrecen nada cuando se levanta cada día a buscar trabajo, o ve su salario disminuido cada mañana y los productos cada vez más caros. Recuerde aquella famosa frase: "No se puede engañar a todo el pueblo todo el tiempo."

Paradójicamente, esta crisis se convierte en la primera verdadera oportunidad de los países de América Latina y del Tercer Mundo de recibir la debida consideración a sus demandas. Nos hemos pasado decenas de años en las Naciones Unidas, en el Movimiento de los No Alineados y en todos los organismos internacionales, reclamando un orden económico más justo, solicitando mejores precios para nues-

tros productos, préstamos y recursos para el desarrollo. No está lejana la fecha en que en nombre del Movimiento de los Países No Alineados, después de la VI Cumbre, planteamos la necesidad de 300 000 millones de dólares como ayuda al desarrollo del Tercer Mundo en este decenio. Ahora no se trata de que nos pongamos de rodillas a implorar que nos suministren fondos, o que se dedique al desarrollo el modesto 0,7% del poducto bruto de los países industrializados, compromiso adquirido solo por unos pocos estados. Ahora cuando nos exigen que solo los países de América Latina y el Caribe entreguemos 400 000 millones de dólares en 10 años, la decisión precisamente ha pasado a nuestras manos. Estamos en condiciones de poder declarar que, sencillamente, no aceptamos ese despojo, que no entregaremos esos 400 000 millones de dólares. Ni siquiera podrían amenazarnos con suspender los préstamos. Esos 400 000 millones de dólares que nos exigen extraer del sudor y el sacrificio de los pueblos latinoamericanos, bien utilizados, podrían financiar el desarrollo de América Latina en los próximos 10 años. Cada país podría prestarse a sí mismo lo que está pagando de intereses.

Si los países industrializados son racionales, no solo se beneficiarían con el incremento de nuestras importaciones, sino que, incluso, sus propios bancos mediante una fórmula, como la planteada, que les garantice la disponibilidad de sus créditos, podrían realizar nuevos préstamos, que es, al fin y al cabo, su función en las finanzas y el comercio internacionales. Si realmente se logra el nuevo orden económico internacional, se pueden recibir y pagar sobre bases económicas sólidas nuevos préstamos.

Desde que los países de la OPEP lograron elevar los precios del petróleo de aproximadamente 2,5 dólares a 30 dólares el barril, los países industrializados, Europa, Estados Unidos, Japón y otros, en solo 11 años, desembolsaron por estos precios adicionales del petróleo cifras que superan un millón de millones de dólares, mucho más que toda la deuda exter-

na acumulada del Tercer Mundo, sin que ello arruinara sus economías, ni afectara siquiera sus cuantiosos gastos militares. El 90% de ese dinero fue a parar a los bancos de los propios países desde donde había partido. Recogieron, además, el dinero gastado en importaciones de petróleo por los países del Tercer Mundo que no lo producían. Los precios de sus exportaciones se multiplicaron. Numerosas empresas occidentales hicieron fabulosos negocios en vista del nuevo poder adquisitivo de sus clientes petroleros, entre ellas las fabricantes de armas. Muchas innovaciones tecnológicas fueron realizadas y muchas medidas adoptadas para ahorrar combustible. Nuevas y viejas fuentes de energía fueron utilizadas. Disminuyó considerablemente el despilfarro. Solo los países en desarrollo no petroleros sufrieron esta catástrofe, y un nuevo intercambio desigual había surgido para ellos.

Cancelar la deuda externa del Tercer Mundo es mucho más justo y beneficioso económicamente para todos los países, mucho más vital y mucho menos costoso que las reivindicaciones alcanzadas en su día por los exportadores de petróleo, que en lo que a la mayoría de los países del Tercer Mundo se refiere, solo tendrán plena justificación y equilibrio cuando los renglones de sus exportaciones básicas reciban el mismo tratamiento.

El nuevo orden económico internacional debe significar relaciones de intercambio justas para todos los países del Tercer Mundo, y eso sí habrá de implicar para las potencias industrializadas y ricas el sacrificio de despilfarrar un poco menos de recursos en armas. No hay derecho a pagar el cacao, el té, el café, las semillas de marañón, el maní, el coco, las fibras, que se recogen hoja a hoja y grano a grano, los minerales y otras materias primas, para fabricar portaaviones, acorazados, cohetes estratégicos, submarinos nucleares y sufragar, además, la guerra de las galaxias. Es en la guerra contra el hambre y aquí en la tierra donde deben invertirse esos recursos.

Si los países de América Latina y el Tercer Mundo adoptan una actitud firme y unida, tienen por primera vez una oportunidad real de alcanzar estos objetivos, empezando por la cuestión de la deuda externa. Si una falta total de comprensión los obligase a tomar decisiones unilaterales con relación a la deuda, no pueden amenazarnos con suspender el comercio, ya que no podrían subsistir sin el intercambio comercial con el Tercer Mundo, no pueden prescindir de nuestros combustibles y materias primas; ciertamente no serían felices sin nuestro café, nuestro té, nuestro cacao, nuestros camarones, nuestras langostas y otras delicias de nuestro trópico.

Bloquear económicamente al Tercer Mundo, o intervenirnos por cuestiones de deuda, como hicieron en las primeras décadas de este siglo en Haití, República Dominicana y otros países; repartirse de nuevo el mundo para asegurar el suministro de materias primas y los mercados, como ocurría en otras épocas, hoy es absolutamente imposible.

Los nuevos dirigentes latinoamericanos tienen sobre sus hombros una inmensa responsabilidad. Reitero mi convicción de que si no hay soluciones a la deuda, si se tratara de saldarla a toda costa, si las nefastas fórmulas del Fondo Monetario Internacional son llevadas adelante, se van a producir grandes conmociones sociales.

No veo riesgos de regreso a la ola de golpes militares de derecha, represivos y fascistas, que solo por excepción podrían producirse en algunos países aisladamente; más bien vislumbro como posible que en caso de grandes conmociones sociales en algunos países, de las propias esferas militares, seguramente surjan líderes con espíritu patriótico y un sentido realista de la situación, dispuestos a promover los cambios sociales junto al pueblo.

En circunstancias mucho menos críticas, figuras surgidas de las filas militares, como Torrijos en Panamá y Alvarado en Perú, enarbolaron las banderas de las reivindicaciones nacionales y las reformas sociales.

La lucha por una demanda tan racional como la solución del problema de la deuda externa y relaciones económicas justas entre los países del Tercer Mundo y el mundo industrializado, es tan esencial para la supervivencia y el porvenir de los pueblos de América Latina, que contaría, sin duda, con el apoyo de todas las capas sociales y generaría una gran unidad interna en todos los países; así como también, con toda seguridad, una gran unidad de los países latinoamericanos, y contaría, sin la menor vacilación, con el apoyo estusiasta y decidido de todos los países en desarrollo de Asia y África.

No albergo la menor duda de que, incluso, numerosos países industrializados apoyarán estos reclamos. Tampoco tengo dudas de que lo ideal y lo más constructivo, es que estos problemas sean resueltos mediante el diálogo político y las negociaciones. Sería la forma de llevar adelante, ordenadamente, soluciones esenciales. De no ser así, no hay dudas de que un grupo de países, arrastrados por situaciones desesperadas, se verán obligados a adoptar medidas unilaterales. No es deseable que eso ocurra pero, si ocurre, tampoco tengo la menor duda de que a ese grupo se sumarán todos los demás, en América Latina y en el resto del Tercer Mundo.

DR. JEFFREY M. ELLIOT. ¿Qué considera usted que son los obstáculos principales que se oponen a la solución exitosa de este conflicto? ¿Cree usted que su propuesta recibirá el apoyo generalizado de los países del Tercer Mundo?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Pienso que hasta ahora Estados Unidos y los países industrializados han tratado de ir posponiendo el problema y de enfrentarlo mediante la discusión aislada con cada uno de los países afectados, accediendo a ciertas concesiones, como renegociar la deuda, conceder plazos adicionales para pagar el capital y fórmulas de esa índole que no resuelven absolutamente nada, excepto pequeños respiros espasmódicos que prolongan la agonía. De modo que la situación se agrava, económicamente y política-

mente en todos esos países, porque la solución requiere fórmulas realmente radicales para abordar no ya la deuda que es solo una parte del problema, su consecuencia y su síntoma más visible pero no su causa. Digo: se cancela mañana la deuda y a los pocos años los países están en una situación igual o peor que ahora, algunos, incluso, no resuelven nada en absoluto de inmediato; la situación es tan difícil que no obtienen el respiro ni siquiera cancelando la deuda.

Yo le demostraba que hay problemas peores que la deuda, como son: precios deprimidos, fuga de capitales, intereses excesivos, sobrevaloración del dólar, proteccionismo, *dumping*, que privan a los países de América Latina del doble de los recursos que remiten, por lo que pudieran considerarse intereses normales de los préstamos. Si se resuelve la deuda y estos problemas continúan presentes, se habrá alcanzado solo un respiro.

De modo que los países industrializados no tienen en estos momentos ninguna fórmula racional, efectiva, para enfrentar la crisis, no la tienen. Yo creo que la dificultad principal está en la incomprensión de la naturaleza y la gravedad del problema. Nosotros no estamos planteando una revolución de tipo social en ninguno de esos países, no estamos planteando la nacionalización de las empresas extranjeras, no estamos planteando ninguna de esas medidas. No. Nosotros estamos planteando fórmulas en el ámbito financiero que, a mi juicio, beneficiarían a todos los países subdesarrollados y a los propios países industrializados. Ya le hablé de eso. La cancelación de la deuda en la forma planteada, sería un paso importante para comenzar a salir de la actual crisis económica internacional; ayudaría, incluso, a las empresas extranjeras que tienen inversiones en esos países, a las empresas que comercian con esos países, a las empresas que producen mercancías para esos países, y los estados de los países acreedores no sufrirían ningún daño económico sino, por el contrario, incrementarían sus niveles de empleo y la utilización de sus capacidades industriales; sus bancos no sufrirían pérdi-

das, sus contribuyentes no tendrían que pagar impuestos adicionales.

Si esto se entiende, si hay conciencia de esto, yo creo que se facilitaría considerablemente el camino de la solución, mediante diálogo, mediante acuerdos entre los países industrializados y los países del Tercer Mundo. Y como le decía anteriormente, lo único que se afecta es la demencial carrera armamentista, la frenética locura de las armas y de la guerra, y eso desgraciadamente en muy poco volumen. Es una medida saludable, porque empezaríamos a vencer la más bochornosa y peligrosa enfermedad de nuestra época. Si el nuevo orden económico internacional, proclamado y acordado por las Naciones Unidas, se aplica como complemento indispensable de la cancelación de la deuda, ello sí implicaría una mayor reducción de los gastos militares.

Es menester entender esto. Yo últimamente he hablado con decenas de personas, incluso muchos latinoamericanos, y no conozco a uno solo de cualquier ideología, de cualquier creencia política o apolítico que no esté absolutamente convencido de que esto es correcto.

Si no se logra éxito en esto, ¿qué va a ocurrir? En vez de alcanzarse por un acuerdo negociado entre las partes, los países del Tercer Mundo lo van a imponer, no le quepa la menor duda. La esencia es esta: materialmente es imposible pagar la deuda y sus intereses; por esta razón tan elemental como comprensible no podrá pagarse, costaría ríos de sangre imponer a los pueblos los sacrificios que esto implicaría, a cambio de nada. Ningún gobierno tendría poder suficiente para conseguirlo. Es una cuestión que bien vale la pena ser analizada, discutida y resuelta de común acuerdo entre acreedores y deudores, y no hay que olvidarse ni por un instante que la iniciativa está ahora en manos de las naciones a quienes se exige tan monstruoso sacrificio.

Si los países deudores del Tercer Mundo se ven obligados a decretar unilateralmente una suspensión de pagos, los países industrializados se quedarán sin la menor alternativa de acción

posible. Un bloqueo económico, una invasión del Tercer Mundo, un nuevo reparto del globo, como en los siglos pasados, para asegurar las materias primas y los mercados, o cobrar la deuda, toda persona racional comprende que eso es sencillamente imposible. No podrían siquiera bloquear económicamente un solo país o grupo de países que se declararan en suspensión de pagos, porque suscitaría de inmediato la solidaridad de los demás.

Somos una gran familia y los tiempos han cambiado mucho. Algunas locuras han quedado atrás y otras, como varias de las que hemos analizado en esta entrevista, no tardarán mucho en seguirlas.

Yo me acuerdo que cuando era alumno de cuarto o quinto grado, empecé a estudiar geografía universal, yo realmente antes de tener nociones de geografía, me imaginaría seguramente que el mundo era plano, como pasaba en la Edad Media, en la época precolombina. Aunque alguien tiene que haberme explicado antes algunos de estos grandes descubrimientos, cuando empecé a estudiar geografía universal, descubría cosas tan maravillosas como que de verdad la Tierra era redonda, que había un sol en torno al cual girábamos, que existían otros planetas y millones de estrellas, incluso una luna, que giraba en torno a nosotros. Algo verdaderamente fabuloso.

Después supe de grandes ríos, océanos, mares, golfos, lagos, montañas y otras maravillas del mundo. Todo esto era perfectamente claro y comprensible. Así me adentré también en la geografía política de la época. Los mapas de cada continente estaban esmeradamente coloreados. De color rojo —me acuerdo perfectamente, y esto no tenía nada que ver con el comunismo— estaban todas las colonias inglesas en África, también en el Medio Oriente, en Asia y Oceanía, entre ellas, por supuesto, la India, Birmania, Nueva Zelandia, Australia. El mapa era casi todo rojo, ese mapa ahora —porque Canadá estaba también en color rojo— parecería un mundo comunista.

Bien, después aparecía también otro color, el de las colonias francesas, el más abundante después del rojo, creo que el amarillo, en el Caribe, en África, en Asia, en el Índico y en el Lejano Pacífico. Países hoy tan familiares, como Argelia, Vietnam, Siria, eran solo simples y anónimos fragmentos amarillos en aquellos mapas. Incluso algunos de aquellos fragmentos amarillos, perdidos a veces en la inmensidad azul de los océanos, están dando a Francia dolores de cabeza todavía. Hace unos días, Mitterrand tuvo que salir a toda velocidad y viajar miles de millas para ver cómo podrían resolverse los problemas de aquella pequeña islita de Nueva Caledonia y sus agudas repercusiones políticas en la propia Francia. ¡Tan pequeñita! ¿Quién iba a decir eso cuando yo era estudiante de quinto grado? Una gran parte del mapa africano era de color amarillo, y no tenía nada que ver con China.

Después había otros muchos colores: anaranjado, marrón, verde, gris, etcétera. Usted veía, en el mapa de Europa, países tan pequeños como Portugal, Bélgica, Holanda y Dinamarca con grandes trozos en el mapa del mundo donde ellos podían caber muchas veces. Mozambique, un considerable pedazo de mapa del color que indicaba las colonias portuguesas; Angola, otro pedazo notable de mapa, también el mismo color en un fragmento de África Occidental, y en las islitas de Cabo Verde, Sao Tomé y Príncipe, no faltaba el mismo tinte, incluso en la India y Oceanía. Aquel pequeño país de Europa, donde mucha gente no sabía siquiera leer ni escribir, disponía de una gran cantidad de territorios.

Bueno, después estaban los holandeses, con grandes territorios en las Indias Orientales. Los belgas tenían el extenso Congo; Dinamarca, el enorme espacio de Groenlandia, todo cubierto de hielo y apenas habitado, aunque no fuese más que por cuestiones de prestigio. Hasta a los españoles, como un consuelo de los tiempos en que nunca se ponía el sol en sus gigantescos dominios, les quedaban unos pedazos de territorio en Guinea Ecuatorial y en el Sahara Occidental, nuestros hermanos de habla castellana de África. Aquellos países

se habían repartido el mundo, donde eran propietarios del territorio y los nativos. Hasta Mussolini se entusiasmó con la aventura en sus sueños de reeditar el viejo Imperio Romano. Libia, Somalia y una parte de Etiopía no le bastaban; invadió el único territorio independiente que quedaba en África, el resto del antiguo Reino de Etiopía. Una gran parte de China y toda Corea ostentaba los colores del Imperio del Sol Naciente. A los alumnos se nos mostraba aquello como un fenómeno también natural del mundo, tan natural como las montañas y los ríos. No escuché nunca de mis maestros y profesores el más mínimo análisis crítico de aquellos mapas, y se suponía que estaba recibiendo una buena educación, para conocer e interpretar mejor el mundo.

Años más tarde pude comprender que todo era una locura absurda, una gran injusticia y un gran crimen, que aquella avidez demencial por las posesiones coloniales condujo a numerosas guerras durante siglos y fue directamente responsable de las sistemáticas y constantes redistribuciones. Nada parecía, sin embargo, más natural, moral y justo al Occidente civilizado y cristiano, de los grandes pensadores y filósofos. La libertad, la igualdad y la fraternidad que conmovieron a la sociedad feudal, eran solo para europeos y blancos. A duras penas se concebía que los indios, los negros y los asiáticos tenían alma. El socialismo era todavía una idea distante, nada perturbaba aquel mundo idílico del naciente y voraz capitalismo.

En el mapa, América Latina aparecía como un conjunto de países independientes; después tuve oportunidad de saber qué tipo de independencia tenían realmente los países de América Latina, cuál era la de Cuba, Centroamérica y el resto.

Los países colonizados no se imaginaban siquiera cuán débiles eran sus metrópolis, qué enorme e invencible potencial de fuerza existía en su patriotismo y dignidad nacional. Todavía no se habían producido en este siglo hazañas tan reveladoras como las protagonizadas por los pueblos de Vietnam y Argelia, aunque Cuba, justo es decirlo, demostró ya a fines

del pasado siglo cómo un pequeño país podía enfrentarse a una de las potencias militares más fuertes de Europa.

¿Cuánto se ha multiplicado la población del Tercer Mundo en las últimas ocho décadas? ¿Cuánto se ha multiplicado nuestra cultura política, nuestro sentido de la dignidad nacional, la conciencia de nuestra gigantesca fuerza potencial?

Yo me pregunto si realmente los acreedores quieren repartirse otra vez estos países, si se atreven de veras a ensayar una prueba de fuerza con el Tercer Mundo, si pueden concebir siquiera un bloqueo económico contra uno solo de los países que se vea obligado a declarar una suspensión de pagos. En ese intento el mundo capitalista industrializado se quedaría solo y aislado, reducido a un pequeño grupo de países donde no estarían todos, como el que rechaza la Convención sobre los Derechos del Mar, el que quiere liquidar la UNESCO o el que apoya el régimen del apartheid en Sudáfrica. Así que realmente, no hay la más remota posibilidad de que puedan bloquear económicamente o intervenir o repartirse otra vez estos países, y volver a la época en que yo era estudiante de quinto grado de primaria.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. En el transcurso de esta entrevista, usted ha propuesto una solución concreta para la crisis de la deuda. ¿Cómo han respondido las naciones de América Latina a sus sugerencias? ¿Espera usted que acojan ese plan?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Bueno, yo vengo hablando de este problema hace algún tiempo. En las Naciones Unidas, en octubre de 1979. En el discurso que pronuncié ante esa organización solicité la cancelación de la deuda para los países de menores niveles de desarrollo, mayores facilidades de pago para el resto de los países del Tercer Mundo con más niveles de desarrollo; planteé también la necesidad de recursos financieros adicionales ascendentes a 300 000 millones de dólares para ayuda al desarrollo, en la década del 80 al 90,

si se querían cumplir los programas tantas veces propuestos por las Naciones Unidas para esa área del mundo. Muchos de estos problemas, como el intercambio desigual, las medidas proteccionistas y otras cuestiones fueron planteadas ya en 1979, pero entonces, aunque se vislumbraba, no había tenido lugar todavía la gran crisis que se produjo después de 1980. Hay mucha diferencia de entonces a ahora.

Estos mismos problemas los planteé en Nueva Delhi, en 1983, en la Reunión Cumbre del Movimiento de los Países No Alineados, e igualmente en otros eventos internacionales, pero, repito, había una diferencia que consistía en dos factores: primero, la crisis no había llegado a su punto más crítico; segundo, nosotros planteábamos, argumentábamos, razonábamos, solicitábamos a tiempo medidas adecuadas: es necesario esto, las metas de las Naciones Unidas no se han cumplido, la brecha entre los países industrializados y los del Tercer Mundo se amplía, hace falta cooperación, hacen falta recursos para el desarrollo, ampliamente planteé todo eso. Bien, ese planteamiento podía ser muy justo, pero la importancia era relativa porque, repito, la crisis no había llegado a su punto más agudo. Hay que analizar lo ocurrido desde 1979, en que yo planteé esto, hasta arribar a la situación actual en 1985. Ahí están los datos, lo que pasó en cada país de América Latina.

Por otro lado, la decisión estaba en manos de los países industrializados, ellos podían tomarse el lujo de prestar oídos sordos al problema. Ahora la situación es totalmente distinta, la crisis llegó a su punto más agudo y la decisión no está en manos de los países industrializados, está en manos de los países latinoamericanos y del Tercer Mundo. Ahora las naciones industrializadas tendrán que resignarse a lo que estos decidan, si continuar o no remitiendo sumas fabulosas de dinero por el servicio de la deuda.

Sobre la respuesta de los países latinoamericanos, yo solo puedo decirle que estos planteamientos han despertado un enorme interés en todos los países y en todos los sectores so-

ciales. ¿Cuál será la respuesta? Si yo no hubiera dicho una sola palabra sobre esto —las palabras tienen ahora un valor relativo porque ha llegado para todos la hora de las grandes decisiones—, ellos tenían que buscar una solución, ellos iban a llegar de una forma o de otra a las mismas conclusiones. Entonces, yo no tengo la menor duda de que, en la búsqueda de una solución, seguirán un camino más o menos como el que estamos planteando porque no hay alternativa, no hay que persuadir a nadie. Yo simplemente me limito a decir lo que está ocurriendo, por qué ocurre, lo que va a suceder y sugerir soluciones.

En este caso, las ideas, los análisis, las meditaciones que yo he planteado responden a una realidad, no son producto de la imaginación o de la fantasía. Hay mucha gente en América Latina que venía pensando en esto y ha llegado por su propia cuenta a la misma conclusión.

Nosotros hemos estado en más libertad de hablar sobre este tema, he estado abordando la cuestión desde 1979, hace seis años, y a lo largo de ese período he venido desarrollando estas ideas. Puedo exponerlas, nuestra economía posee bases más sólidas para el desarrollo, no depende en absoluto de Estados Unidos que nos bloquea hace 25 años, tiene menos dependencia de la economía del mundo occidental, y somos menos vulnerables a las presiones y represalias económicas que los demás países de América Latina, que están constantemente renegociando su deuda y atravesando dificultades muy grandes. Ellos no están en la misma situación que nosotros para expresar en voz alta estos puntos de vista, pero tengo la seguridad de que muchos hombres públicos, muchos políticos latinoamericanos y del Tercer Mundo, han llegado ya a estas conclusiones por su propia cuenta, aunque no hayan estado en condiciones de plantearlas como lo estamos planteando nosotros.

Si usted lee los cables internacionales, en África, por ejemplo, Nyerere viene planteando con mucha fuerza estos problemas relacionados con la deuda y la dramática situación econó-

mica de África; no lo ha hecho exactamente en los mismos términos, pero, en esencia, está reflejando la misma preocupación y la urgente necesidad de buscar soluciones. Es decir, estamos ante acontecimientos y situaciones en que los países no tienen más alternativa que buscar una salida, y la salida que se encuentre, al menos, será en esta misma dirección que nosotros estamos planteando; quizás no exactamente igual, pero sí en la misma dirección. La deuda es sencillamente impagable. Si una vez se dijo "dadme la libertad o dadme la muerte", hoy la alternativa para los gobernantes de América Latina es la cancelación de la deuda o la muerte política.

REPRESENTANTE MERVIN M. DYMALLY. Si usted pudiera establecer un nuevo orden económico internacional, ¿en qué principios se fundamentaría? ¿Cuáles serían sus principales elementos?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO. Nadie podría por sí solo definir o ni siquiera delinear todos los aspectos de lo que debe constituir el nuevo orden económico internacional, donde, se presentan constantemente situaciones nuevas. Estos problemas se han discutido ampliamente en las Naciones Unidas; se han aceptado y se han acordado los documentos correspondientes. Esto fue definido y acordado casi por unanimidad en el organismo donde están representadas todas las naciones del mundo, hace más de 10 años, a iniciativa de Argelia, México y otros países. Sencillamente no se ha cumplido en absoluto. Los países industrializados de Occidente han obstaculizado todo intento de plantear nuevamente el problema. Una prueba irrecusable de la hipocresía y el desprecio con que nos tratan. Hay que exigir su cumplimiento. En eso consiste precisamente el problema. Yo soy simplemente un defensor convencido y decidido de esas ideas, ideas en que mucho de los mejores talentos del Tercer Mundo invirtieron hace tiempo miles de horas de trabajo.

Yo pienso que hay algunos principios que son fundamentales: debe partirse de la realidad de que existe un mundo inmensamente rico, desarrollado económicamente, industrialmente, tecnológicamente, científicamente, y que en el mismo planeta y en su propia vecindad existe otro mundo que es todo lo opuesto, donde vive hoy más del 70% de la población mundial, y vivirá al final de esta centuria, en los próximos 15 años, el 80%, porque la población de estos países crece a un ritmo del 2 al 3% cada año.

Estos países que integran el Tercer Mundo fueron colonias en épocas no lejanas de las metrópolis europeas, los norteamericanos recuerdan que Estados Unidos fue también una colonia inglesa. Los países actualmente industrializados, que eran las antiguas metrópolis coloniales y algunas de sus más privilegiadas colonias, como Estados Unidos, donde el tráfico y el trabajo de los esclavos africanos prevalecieron casi un siglo después de la independencia, integran hoy los principales núcleos de desarrollo industrial en el mundo occidental y tienen una responsabilidad histórica con el subdesarrollo, porque realmente durante siglos se beneficiaron del saqueo de aquellos países.

Permítame decirle una cosa, que el oro y la plata extraídos de las minas de América Latina fueron realmente los recursos que financiaron gran parte del desarrollo de Europa. Esa es una realidad reconocida por historiadores y economistas. En aquella época no existía el actual sistema financiero, el oro y la plata salieron de América Latina. De los recursos aportados por las colonias, que incluye también África y Asia, se financió en gran parte el desarrollo de Europa y del sistema capitalista mundial. Las antiguas metrópolis tienen una responsabilidad con el subdesarrollo y tienen, por lo tanto, un deber y una obligación moral con los pueblos cuyas riquezas succionaron durante siglos.

Yo pienso que esta obligación no es solo de las antiguas metrópolis, creo que todos los países que de una u otra forma alcanzaron el privilegio del desarrollo industrial, sin excep-

ción, tienen un elemental deber de solidaridad hacia esta enorme área de pobreza y subdesarrollo. Este es un principio humano y un principio moral. Si una vez se habló de la fraternidad entre los hombres y quedó inscrita como una de las grandes consignas de la Revolución Francesa, incluso de la Revolución Norteamericana, hay que plantear el principio de la fraternidad y la solidaridad entre los pueblos. Creo incluso que ese principio deber ser parte esencial del concepto del nuevo orden económico mundial. No solo se trata de una reparación de la injusticia histórica de la cual seamos responsables, sino también de un imperativo moral con la especie humana, aunque no tengamos la menor culpa de su actual tragedia. Si se parte de esos principios, que entrañan ideas de justicia y solidaridad entre los pueblos, como existe dentro de cada nación en mayor o menor grado, entonces la cooperación internacional debe constituir uno de los principios básicos de ese nuevo orden.

Aparte de eso, hay injusticias, desigualdades, incoherencias y egoísmos actuales que deben cesar. Si los países capitalistas industrializados no pueden realmente encontrar solución a sus dificultades, a veces por la irracionalidad, anarquía y contradicciones inherentes al sistema, ya que tecnología, recursos, conocimientos, capacidad productiva y cultura no es el limitante para satisfacer sus necesidades materiales y sociales, no creo justificable bajo ningún concepto la política proteccionista que afecta a la economía de los países del Tercer Mundo, donde viven en condiciones infrahumanas miles de millones de personas. Si existe desempleo en países desarrollados es por irracionalidad, ya que si existiera el pleno empleo, es decir, si utilizaran todos los recursos humanos disponibles, los hombres y mujeres que trabajan podrían laborar menos horas a la semana. El descanso es también uno de los bienes más apreciados por el ser humano. El *dumping* es todavía una práctica más repudiable porque constituye una competencia desleal, basada en la superioridad financiera y

tecnológica sobre países de economías más débiles y desesperadamente necesitados de medios de vida.

El intercambio desigual, el fatídico proceso en virtud del cual los productos básicos de la inmensa mayoría del Tercer Mundo reciben precios cada vez menores y los productos que importan de los países industrializados se les cobran cada vez más caros, tendencia histórica constante y progresiva, constituye una de las más diabólicas expresiones del sistema de relaciones económicas impuesto al mundo. No puede calificarse de otra forma que de robo sistemático de los frutos del sudor y los recursos de nuestros pueblos.

Si los países del Tercer Mundo producen muchos productos: café, cacao, maderas preciosas, té, especias, aluminio, cobre, hierro, manganeso, cromo, plantas medicinales, maní, ajonjolí, semilla de marañón, coco, kenaf, henequén, caucho, que no pueden producir en absoluto los países industrializados o los pueden producir en cantidades muy limitadas, esas producciones se alcanzan muchas veces sin ninguna mecanización, con muy baja productividad, grano a grano, hoja por hoja, en jornadas de 12 ó 14 horas, con empleo de hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos. Si se trata de azúcar, salvo excepciones, con caña cortada y cargada a mano, transportada con bueyes, todas las actividades, en general, bajo un calor de 30 grados o más, en clima húmedo, con trabajo estacionario, con salarios de hambre que no rebasan los 60 o los 80 dólares mensuales, sin asistencia médica por lo general, familia numerosa, en piso de tierra y techo de hojas, descalzos muchas veces, mal vestidos siempre, sin subsidio de desempleo y mísera jubilación; promedios de vida muchas veces inferiores a los 40 años, envejecimiento precoz, ninguna educación, ninguna recreación, ningún confort, ninguna esperanza. Sin embargo, lo que ellos importan para poder producir y poder sobrevivir a duras penas, aunque se trate de equipos médicos y medicamentos, son productos industriales elaborados con alta tecnología, grandes dividendos empresariales, salarios de 1 000 y hasta 1 500 dólares por mes. Con los

precios que nos cobran, pagamos las ganancias de las empresas, los altos salarios, los impuestos, el subsidio al desempleo, la jubilación, los beneficios sociales, la publicidad comercial y hasta parte de los gastos militares.

Muchas veces compramos nuestras propias materias primas ya elaboradas a precios 10 veces, 15 veces, 20 veces superiores. En cambio, ¿qué recibimos por nuestros productos? Nuestro salario ínfimo, sin seguridad social, ni subsidio al desempleo, ni asistencia médica, ni educación, ni cultura, ni recreación, ni esperanza de progreso alguna, vejez prematura, muerte precoz. Y marchamos cuesta abajo: con la misma cantidad de café, azúcar, té, cobre, hierro, bauxita, con que hoy compramos un equipo médico, un medicamento, un motor de riego, un buldócer, una grúa, un camión, un tractor, un simple instrumento de trabajo, hace 35 años comprábamos tres veces más. Cada día más trabajo, cada día más sacrificio, cada día más hambre para ser compartida entre más personas, cada día más miseria. Estos problemas pretendían resolver, al menos mitigar, el nuevo orden económico internacional, acordado por las Naciones Unidas.

Nosotros lo hemos resuelto, hemos logrado precios justos y estables y vincular los mismos con los de nuestras exportaciones, en proporción al crecimiento de los precios de los productos que importamos. Nosotros hemos alcanzado el nuevo orden económico internacional en nuestras relaciones con el campo socialista y ello, por fortuna, se ha traducido en desarrollo industrial y agrícola, y, especialmente, en desarrollo social. Un nivel medio de educación de nueve grados, un índice de solo 15 niños muertos en el primer año de vida por cada 1 000 nacidos vivos, 73 años y medios de perspectivas de vida y un 85% de viviendas electrificadas, son algunas demostraciones de los resultados. Sin tales relaciones de intercambio, ni siquiera bajo un régimen social justo y una distribución equitativa de las riquezas sociales habría podido lograrse.

He dado algunas ideas relacionadas con lo que se concibe como el nuevo orden económico internacional. Fueron planteados tambien conceptos importantes que se relacionan con transferencia de tecnologia, aportes de recursos financieros y otras cuestiones.

No se trata ahora tanto de transferencia de recursos al Tercer Mundo, de los cuales muchos países en cualquier circunstancia no podrían prescindir, como de poner fin inmediatamente a la gigantesca transferencia de recursos que, por ejemplo, ahora se realiza cada año de América Latina al mundo industrializado, que se traduce, como ya le dije, en más de 70 000 millones de dólares en valores, de los cuales no menos de 50 000 son en efectivo por diversos conceptos: intereses de la deuda, fuga de capitales, sobretasa de interés y sobrevaloración del dólar. Algo que cuando se discutió en las Naciones Unidas, la Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados hace 10 años no podía ni siquiera imaginarse en su magnitud actual. De inmediato es imprescindible la cancelación de la deuda externa, algo contemplado ya en esa ocasión por las Naciones Unidas para el grupo de países con más dificultades. Hoy existen muy pocos, si existe alguno, sin grandes dificultades. Hoy se dividen entre los que tienen grandes dificultades y los que sufren terribles dificultades. La cancelación de la deuda y sus intereses tiene, por tanto, que generalizarse.

Nada pierde el mundo industrializado con el nuevo orden económico internacional acordado por las Naciones Unidas.

A veces un país de la Comunidad Económica Europea, desea resolver las dificultades de un pequeño sector agrícola de su población, que no son por cierto problemas de hambre, y utiliza el socorrido recurso de los subsidios, mas no solo para abastecer el mercado interno, sino para exportar cantidades considerables de productos, que pueden ser azúcar, carne u otros alimentos con los que compiten con exportaciones vitales de muchos países del Tercer Mundo y que pueden

ser producidos también en climas templados, como el azúcar de remolacha o jarabe de maíz.

No les preocupa lo más mínimo privar de mercados y deprimir los precios de exportaciones básicas de las que viven cientos de millones de personas en los países subdesarrollados. No experimentan el menor cargo de conciencia, no se les ocurre otra idea. No les importa tampoco lo más mínimo encarecer los costos de esos productos a los propios consumidores del país, ni violar todos los principios del libre mercado y la libre competencia nacional e internacional que son los postulados de la filosofía, en nombre de la cual libraron sangrientas guerras. La renuncia a las brutales prácticas neocolonialistas que se aplican al Tercer Mundo en nada afectaría a los países industrializados, por el contrario, promovería un desarrollo más sano, estable y sostenido de toda la economía mundial.

Durante siglos muchos creyeron que el fin del colonialismo sería la ruina de Europa. Por el contrario, la historia demostró que nunca se desarrolló más, ni alcanzó Europa mayores niveles de vida que cuando se derrumbó el sistema colonial. También en Asia el catastrófico desplome del Imperio del Sol Naciente, que pretendía asegurar materias primas, caucho, petróleo y otros recursos por la fuerza, marcó la era de mayor desarrollo, prosperidad y bienestar del Japón.

Cuando las naciones en vez de explotar a otras se han visto obligadas a vivir de su trabajo y de su ingenio, han alcanzado riquezas que jamás sospecharon. España tuvo uno de los más grandes imperios coloniales. Toda la América hispana durante 300 años aportó fabulosas sumas de oro, plata y otras riquezas a España. ¿Acaso se desarrolló España? Todo ese dinero fue a parar a Inglaterra, Francia, Holanda y otros países; España permaneció en la era de la industrialización como el país más subdesarrollado de Europa hasta principios de este siglo. ¿Acaso las colonias ayudaron al desarrollo de España? Ayudaron al desarrollo de Europa, pero España no se desarrolló. Cuando España se quedó sin colonias, e incluso

perdió a Cuba que fue la última taza de oro colonial, a finales del siglo pasado, comenzó entonces el desarrollo industrial de España.

Otro ejemplo es un hecho reciente que comenzó en 1974. Cuando se produce la subida espectacular del petróleo en brevísimo tiempo, que pasó de 2,5 dólares a 30 dólares el barril, muchos pensaban que la economía de los países industrializados no podría resistir esas alzas de precios, y realmente los que no los resistieron fueron precisamente los países del Tercer Mundo no productores de petróleo, para los cuales surgió una nueva forma de intercambio desigual, pues si antes, hace 24 años, necesitaban, por ejemplo, una tonelada de azúcar para comprar cuatro toneladas de petróleo, ahora necesitan dos toneladas y media de azúcar para adquirir una tonelada de petróleo. Eso pasa con el café, con el cacao, con el henequén, con las fibras, con las frutas, con los minerales, con todo lo que produce el Tercer Mundo. Tanzania, para citar un caso concreto, país que vive de muchos de estos productos, incluso exportando carne que se produce en rebaños nómadas, todas las exportaciones no le alcanzan para costear su modesto consumo de petróleo, inferior a 1 000 000 de toneladas anuales con 18 000 000 de habitantes.

¿Qué les ocurrió en cambio a los países industrializados? Nada, se adaptaron, desarrollaron programas de ahorro de energía que venían derrochando, diseñaron motores más eficientes, volvieron a utilizar el carbón; desarrollaron programas nucleares, como Francia y otros países; empezaron a explotar viejos pozos que ya no eran rentables. Gastaron en 11 años, como consecuencia de esos incrementos de precio de la energía, mientras se adaptaban a la nueva situación, más de un millón de millones de dólares, ¿y a dónde fue a parar ese dinero?, a los bancos de Estados Unidos, a los bancos de Europa; volvió a los países capitalistas industrializados, lo manejaron, lo prestaron, aumentaron las exportaciones a los países exportadores de petróleo, hicie-

ron millonarios negocios, vendieron además armas en cantidades sin precedentes. En aquella época estaba el Sha de Irán, que multiplicó sus compras de armas a Estados Unidos; Estados Unidos les vendió a Arabia Saudita y a Irán decenas de miles de millones de dólares en aviones, radares, armas de todo tipo, lo cual fue realmente doloroso, e hicieron el gran negocio. ¿En qué se perjudicó la economía del mundo industrializado? El precio del petróleo afectó las débiles economías de los países del Tercer Mundo no petroleros. ¿Qué trascendencia económica podría tener para Estados Unidos y los países industrializados la cancelación de la deuda, el nuevo orden económico internacional? En realidad creo que sería mucho más justo y podría incrementar extraordinariamente el comercio en equipos agrícolas, equipos médicos, maquinarias y gran número de renglones industriales y agrícolas. Si aquellos países reciben un precio más justo por sus exportaciones básicas, se beneficiarían también los países industrializados occidentales; se estimularía el empleo y el desarrollo industrial en todo el mundo. Yo creo que todo es posible. Hace falta una sola cosa, un solo requisito, que renunciemos, lo repito, a la locura de la guerra y de la colosal carrera armamentista que tiene lugar en la actualidad, eso es claro, sencillo, elemental.

Ahora, si queremos ser locos, si queremos seguir haciendo una carrera armamentista, si queremos mantener este orden económico injusto, vamos a continuar por ese camino en que nos esperan grandes hambrunas, grandes conflictos sociales, y lo que es peor y muy probable, una gran conflagración nuclear y hasta la desaparición de los locos y no locos del planeta donde, por cierto, se puede afirmar también que ni todos los locos están en los gobiernos, ni todos los que gobiernan son locos.

FE DE ERRATA

En la pág. 9, párrafo 1ro., línea 1ra.,

Dice: Es decir que en los tres países mencionados, las medidas

Debe decir: En países como República Dominicana, Panamá y Bolivia las medidas

Impreso en el establecimiento "Federico Engels"
de la Emp. Polig. del PCC, 1985.